

Selección de textos del libro

La tortuga y otros cuentos (Leo Masliah, 1990)

Contenido:

Santa Bernardina del Monte

Literatura con vallas

Despedida

La tortuga

Werner

Una crítica literaria

Una crítica musical

Lo que pasó con el perro, la rana, el ruiseñor, etc.

Veneno

Montevideología

Anaconda

Necrológica

El arca de Noé

Red

Un laberinto dimensional

Luisa, Julia y Greta

Comunicado del Ministerio del HInterior

Departamento de homicidios

Giros

Anabel: un crimen perfecto

Historia de Fani y Confuxio

Nochebuena

Un viaje a la mierda

La conversación

La plaza

El sexópata

El mellizo

Santa Bernardina del Monte

Para ahorrar energía eléctrica, las autoridades de Santa Bernardina del Monte dispusieron que a las cero horas del día veinticinco los relojes se atrasaran una hora, pasando a marcar las veintitrés horas del día veinticuatro. De este modo la gente que tuviera que levantarse a la hora siete del día veinticinco no tendría que prender ninguna luz, ya que en realidad serían las ocho y el sol estaría ya en plena actividad.

Cuando llegó el momento –las cero horas del día veinticinco– la gente de Santa Bernardina del Monte, obediente como era, atrasó sus relojes una hora. Fueron entonces –o volvieron a ser– las veintitrés horas del día veinticuatro. Una hora después, los relojes volvían a marcar las cero horas del día veinticinco. La gente de Santa Bernardina del Monte, obediente como era, atrasó sus relojes una hora. Volvieron a ser entonces las veintitrés horas del día veinticuatro. Una hora después, los relojes volvían a marcar las cero horas del día veinticinco.

–¿Qué hago, mamá? –preguntó un joven–, ¿atraso el reloj?

– Por supuesto, hijo: debemos ser respetuosos de las disposiciones de la autoridad –contestó la madre.

Todos los habitantes de Santa Bernardina del Monte obraron en consecuencia con ese precepto. Pero una hora después los relojes volvían a marcar las cero horas del día veinticinco. Nuevamente, los pacíficos habitantes de Santa Bernardina del Monte atrasaron sus relojes una hora. Se pusieron entonces a esperar el transcurso de los sesenta minutos que faltaban para volver a atrasar los relojes. Pero algunos tenían sueño y se fueron a dormir, no sin antes dejar turnos establecidos de tal modo que siempre hubiera alguien despierto a la hora de atrasar el reloj.

A la mañana siguiente seguían siendo las veintitrés horas del día veinticuatro. Una hora después eran la cero horas del día veinticinco, e inmediatamente después volvían a ser las veintitrés del día veinticuatro. Faltaban nueve horas para que abrieran las oficinas y los comercios. Una hora después faltaban ocho, pero en menos tiempo del que tardaba un gallo en cantar –y efectivamente había muchos gallos haciéndolo– volvían a faltar nueve.

Los habitantes de Santa Bernardina del Monte, de mantenerse este estado de cosas, habrían muerto de inanición. Sin embargo muy otra fue la causa de su muerte. Tres días después del cambio de hora, un funcionario del gobierno central, que pasaba por el pueblo, interpretó la actitud de los lugareños como huelga general por tiempo indeterminado, y dio parte de

ello a sus superiores. Poco después, diez mil soldados entraron con helicópteros y tanques a Santa Bernardina, aniquilando a los insurrectos. Los relojes del pueblo, entonces, quedaron divididos en dos categorías: los que, averiados por las balas, estaban clavados en una hora entre las veintitrés y las veinticuatro, y los que seguían marchando libremente, pudiendo llegar hasta más allá de las cero horas sin que nadie los tomara por las agujas para atrasarlos. De todos modos, algunas horas después, ellos solitos volvían a marcar las veintitrés, como si sintieran nostalgia de sus disciplinados dueños, que en paz descansan.

Literatura con vallas

El ómnibus se detuvo en el kilómetro doscientos once. Marisa bajó y el chofer también, para entregarle su equipaje. Cuando el ómnibus retomó su marcha Marisa empezó a caminar. Eran parajes de tierras rojizas. Ignoro por qué tenían este color; en verdad no sé nada de geología.

Marisa caminó un par de kilómetros y se sentó a descansar sobre su equipaje. Ignoro si hacía calor o frío porque no sé nada de meteorología (además yo no estaba allí). Marisa quería levantarse y seguir su camino, pero tenía dolores en la pelvis. Nada puedo decir, por desgracia, sobre el origen de estos dolores, porque carezco de los más elementales conocimientos de ginecología.

Marisa hizo acopio de fuerzas y se levantó. Para orientarse mejor sacó de su bolso unos binoculares (o quizá fuera un catalejo; no sé nada sobre instrumentos ópticos) y echó una ojeada a los confines de su visibilidad. Avistó una figura humana, mosqueando en el horizonte. Caminó hacia ella. La figura caminaba a su vez hacia Marisa. Esto es lo que creo, aunque no me respalda en ello ningún conocimiento de geometría.

Unos minutos después la figura se hizo reconocible para Marisa. Era un hombre. Andaba casi desnudo y estaba peinado y maquillado con arreglo a las normas vigentes en el grupo humano, tribu, clan o a lo que fuera que él pertenecía. No quiero dar detalles sobre esto por miedo a meter la pata, ya que no sé absolutamente nada de antropología.

Cuando lo tuvo cerca, Marisa sacó su cámara fotográfica. Creo que se puso a regular el fotómetro, y no sé cuántas cosas más. Marisa era una excelente fotógrafa, pero yo no solamente no lo soy sino que no tengo la más puta idea de cómo se saca una foto. Parece que aquel hombre tampoco

la tenía, porque cuando vio el artefacto se asustó. Se acercó a Marisa y le arrancó la cámara de las manos. No conforme con esto, le arrancó también la ropa y –ya con más delicadeza– se sacó él mismo la poca que traía puesta.

Entonces ocurrió algo que me veo incapacitado de describir, quizá por falta de experiencia personal en la materia. No sé nada sobre sexo, y creo que por ahí corría el asunto. (Perdón si en algún momento me expreso de forma confusa o incorrecta; es que no sé nada de gramática.) En verdad la única disciplina que domino es la literatura. Sinceramente, creo que sé más que nadie en esta materia. Pero ya no puedo escribir más, lo siento. Mi falta de formación en otras disciplinas me lo impide, interponiéndose constantemente entre mi pluma y mis lectores. Esta traba merecería de mi parte, sin duda, un profundo estudio, pero yo no lo puedo hacer porque no sé nada de epistemología.

Sólo me queda entonces decir adiós, y gracias (no sé si corresponde despedirme así; perdón, pero es que no sé nada sobre modales).

Despedida

La gente ya subía al tren, aunque faltaban todavía cuarenta y cinco minutos para la hora de salida. Cuarenta. Treinta y cinco. Gómez se iba del país. Estaba solo y miraba los quioscos de la estación, la cantina, las caras de la gente. Miraba todo como despidiéndose para siempre. Sintió hambre y se le antojó comer un sándwich, pero recordó que había pasado todo su dinero a dólares. Tenía sin embargo aún algunas monedas en el bolsillo. Las sacó para contarlas, a ver si le alcanzaban. No. No le alcanzaban. Había también una ficha de teléfono. Ya nunca Gómez la usaría. Pero sí, se le ocurrió una forma de usarla. Buscó un teléfono público, descolgó el auricular, y se detuvo unos instantes a inventar un número. Lo fue armando de a poco, con las cifras que más le gustaban y en su orden preferido. Puso la ficha y discó. La señal sonó tres veces y atendió una mujer.

–¿Olá? –dijo.

–Buenas noches –contestó Gómez.

–¿Con quién quiere hablar? –preguntó la mujer.

–Con nadie en especial –dijo Gómez–. Me estoy yendo del país y quise llamar a alguien, para despedirme.

–¿Y por qué a mí? –preguntó ella–. ¿Usted me conoce?

–No, no creo –contestó él–. Yo disqué cualquier número.
Disqué el número que más me gustó.

–Y en qué se va –preguntó ella– . ¿En avión?

–No. En tren –dijo Gómez.

–Espéreme un segundo –dijo la mujer.

–¿Qué va a hacer? ¿Rastrear la llamada? –preguntó él.

–No. Voy a buscar mis cosas. Quiero irme con usted –fue la respuesta.

Gómez sintió que un escalofrío caliente le recorría el cuerpo.

–Apúrese –dijo–. El tren sale dentro de veinticinco minutos.

–Voy para allá. Me tomo un taxi –dijo ella, y colgó.

Gómez se fumó cuatro cigarrillos. Se acercó al andén. Ya toda la gente había subido. Y algunos parientes y amigos de los que viajaban se tomaban con éstos de las manos a través de las ventanillas abiertas.

–Hola –dijo de pronto una voz, muy cerca de Gómez.

–Ah. ¿Es usted?

–Sí. ¿Usted también?

–Sí –dijo él–. Apúrese. Este es el tren. Saque su pasaje y vamos a subir.

–No tengo plata –contestó ella–. ¿No me lo puede sacar usted?

–No –dijo él–. Solamente tengo dólares y no hay tiempo para cambiarlos. El tren se va. Ya es la hora.

–Devuelva su pasaje –propuso ella–. Después sacamos dos pasajes para mañana.

–Ya es tarde –dijo él–. Hasta diez minutos antes de la hora de salida se pueden devolver los pasajes. Después no. Lo sé porque trabajé muchos años en el ferrocarril. Y además de todo yo no tendría por qué pagarle un pasaje a usted.

El tren empezó a moverse. Gómez besó a la mujer.

–Otra vez será –dijo.

–Sí, tal vez en otra ocasión –dijo ella.

–Sí –dijo él, y corrió hacia el tren.

La tortuga

Salí a caminar porque me sentía solo y el tedio me abrumaba. Afuera el sol resplandecía. Las nubes también pero más oscuras. Llegué al parque y me llené los bronquios de aire pura. Los ojos de los árboles se movían a impulso de una brisa fresca y delicado que hacía tintinear además los esqueletos de algunos insectos muertas contra fragmentos de botellas rotos. Me acerqué al lago y vi que una tortuga trataba de avanzar por el barro pugnando por llegar hasta el agua. No la dejé. Su caparazón era duro y su semblante inteligente y serena. Me la llevé para casa, a fin de paliar mi soledad. Cuando llegamos la puse en la bañera y me fui a buscar en la biblioteca un libro de cuentos para leerle. Ella escuchó atento, interrumpiéndome de vez en cuando para pedirme que repitiera alguna frase que le hubiese parecido especialmente hermoso. Luego me dio a entender que tenía hambre y ya me fui nuevamente al lago a buscar algo que le resultara apetecible. Recogí pasto y una planta de ojos verdes oscuras. También junté algún hormiga, por si acaso. De nuevo en casa. fui a llevar las cosas al baño, pero el tortuga no estaba allí. Lo busqué por todas partes, en el ropero, la refrigeradora, entre los sábanos, alfombras, vajillo, estantes, pero no hubo casa, no lo encontré. Entonces me vinieron deseos de ir al baño y los hice, pero cuando tirábamos la cadena comprobaste que el inodoro estaba tapada. Se les ocurrió entonces que the tortuga podía haberse metida allí. ¿Cómo rescatarlos? Salí de casa y caminé hasta encontrar una alcantarilla. Levanté la tapa y me metisteis ahí. No habían luces. Caminé. Los pies se me mojarán. Una rata morderói. Yo seguí. "¡Tortuguéi, tortuguéi!", grité. Nodie contestoy. Avancex. Olor del agua no ser como la del lago. "¡Tortugúy, vini morf papit!". insistiti. Ningún resultoti. Expedición fútil.

Salí del cantarillo y en casa me limpi la merda y me preparó cafés. Lo tomé a sorbo corta, mirondo televicián. De súbito ¿qué vemos in pantalla? Tortugot. "¿Cómo foi a parar alá?", le preguntete. Y ella dijome ofri con dichosa contestaçao: "No por Allah: Budapest. Corolarius mediambienst cardinal e input fosforest". A la que je la contesté "bon, but mut canalis et adeus Manuelita".

"¡Nai, nai!", dictio tort, "eu program mostaza interesting".

"Demostric", pidulare.

Tons turtug bailó, candó, concertare, crobacía y magiares, asta que yo poli me zzz.

Werner

Werner era ignorante, inmoral, morboso, sórdido, mentiroso, feo, malpensado, sucio, execrable, pervertido, impuntual, lujurioso, porfiado, haragán, egoísta, académico, desordenado, inhábil, detestable, mezquino, huraño, holgazán, intrigante, creído, lascivo, desatento, inmundo, culturoso, avaro, libertino, altanero, traidor, coqueto, arrogante, soberbio, presuntuoso, insensato, trasnochador, malviviente, vanidoso, antipático, demasiado pagado de sí mismo, torpe, desconfiado, tramposo, estafador, avieso, desabrido, irascible, fatuo, obstinado, vicioso, displicente, mugriento, abstruso, depravado, cruel, chismoso, grosero, despiadado, soez, intrigante, presumido, testarudo, perverso, descarado, tacaño, glotón, vago, informal, quisquilloso, intratable, engreído, malicioso, suspicaz, malcriado, necio, entrometido, jactancioso, fullero, senil, descortés, atolondrado, fanfarrón, insufrible, terco, desleal, inmaduro, ruin, maleducado, simplón, incapaz, desvergonzado, pérfido, fluctuante, cargoso, lerdo, rústico, descocado, receloso, esquivo, hostil, atropellado, enredador, infame, adulador y malhablado. Es una suerte, hija, que no te hayas casado con él.

Una crítica literaria

Uno puede semana a semana estar haciendo reseñas críticas de libros y llegar a automatizarse con esa labor al punto de olvidar el viaje catártico que conlleva la lectura por el exclusivo placer de leer, donde nos entregamos pasivamente al trance que el narrador nos exige como condición para hacernos tragar toda la sarta de construcciones fantásticas que preparó para nosotros, se trate ya de un Balzac, un Bradbury o un Benedetti, tanto da.

Pero hay narradores que son capaces de arrancarnos del glaciar de nuestra postura de críticos y de encadenarnos a la butaca frente a la cual proyectarán su imaginación y de la que no apartaremos la vista hasta tanto ellos mismos no nos enciendan las luces de la realidad circundante.

Esto es lo que logró hacer con nosotros Mauricio Tartolini mediante su novela “Cobre y estaño” que relata la vida de un minero chileno, quien

por una extraña vuelta del destino abandona los yacimientos cupríferos de su país, emigra a Bolivia y consigue trabajo allí en una mina de estaño, con todos los problemas de adaptación que este cambio implica. Pero no queremos aquí dar cuenta de los intrincados y ricos laberintos psicológicos y geopolíticos con los que Tartolini tejió su argumento. Queremos describir paso a paso las sensaciones que página tras página se fueron gestando en nuestra humilde subjetividad subyugada por la maestría de este veterano escritor del que nos costaría creer que, después de habernos legado tal enciclopedia del sentir, del sufrir y del vivir, tenga todavía algo más que decir. (Nos carcome la curiosidad por el reciente anuncio sobre la próxima publicación de una nueva novela, “La reencarnación del hueso”).

El primer capítulo de “Cobre y estaño” se remite a la necesaria función de marco histórico referencial y también presenta un embrión del nudo dramático cuyo planteo será completado más adelante. Pero el ritmo narrativo de estas primeras páginas es tan llevadero que mientras leíamos nos parecía estar deslizándonos en un tobogán enjabonado, un tobogán muy empinado que no nos permitía en ningún momento dejar de mirar hacia adelante, inquietos ante la incertidumbre de cuál habría de ser el instante de nuestra caída a tierra, a arena o a lo que fuese que Tartolini nos tuviera reservado a modo de comité de recepción en el capítulo segundo. Y héte aquí que SPLASHHH. No hay tierra, arena, ni roca sino agua, agua fresca, tranquila y cristalina en este segundo capítulo. Espero que esto se entienda bien: me refiero a la sensación que uno tiene al leer este capítulo y no a lo que en él está narrado (nuestro héroe el minero es azotado por su capataz y su hermana es violada por el hijo menor del dueño de la mina, pero cada uno de estos datos acude a nuestro banco de información con la frescura del agua de la piscina en la que, continuando con el hilo de mi vivencia personal, este segundo capítulo nos lleva a nadar y a nadar en cámara lenta, contemplando con todo el tiempo del mundo cómo se transforman las estructuras casi geométricas del agua que cada una de nuestras brazadas va levantando y cómo la lentitud del movimiento hace que nuestro propio cuerpo escape al control muscular habitual para integrarse a la danza de las gotas de agua siguiendo la mecánica que ellas mismas van imponiendo).

El tercer capítulo modifica gradualmente nuestra forma de relacionarnos con el agua, ya que del confort de aquella moderna piscina pasamos a un flujo de agua turbia, un impetuoso torrente que baja de la montaña al valle por lecho rocoso. No tenemos dominio de la situación. El agua nos arrastra despiadadamente y nuestra piel se rasga y se lastima en el contacto con las rocas. Esto se debe a cierta incoherencia en el lenguaje que emplea aquí Tartolini: hay palabras que no son las adecuadas y esto crea

momentos de un grotesco involuntario en los cuales recibimos aquellas pétreas y angulosas caricias que tiñen de rojo el agua que nos empuja a pesar de la paz y la ternura que imperan en el contenido explícito del relato, donde nuestro minero duerme apaciblemente la siesta una soleada tarde de domingo en el campo a la sombra de un sauce y con la cabeza apoyada en el seno de la compañera.

En el cuarto capítulo el minero es detenido por un destacamento armado en una razzia que asola la región, y es torturado por un oficial sádico cuya esposa se negó esa mañana a servir el desayuno en la cama motivando así un incremento de la animosidad que este militar descargará sobre el material humano acumulado en la razzia, sin perjuicio de haber castigado también a su esposa llevándola al cuartel y haciéndola pasar por unas horas como detenida política para que sufra reglamentarios vejámenes en las garras de sus compañeros oficiales y de algunos soldados que por haber estado sancionados llevan más de un año sin visitar a sus familias ni a las muchachas del prostíbulo de la zona. Sin embargo en estos párrafos Tartolini ha recuperado la fluidez de su estilo y la naturalidad que imprime a la recreación de las situaciones hace que éstas se sucedan como las ninfas que mientras todo aquello ocurre nosotros vemos desfilar en una isla en medio del río y que nos invitan a compartir con ellas los frutos de los árboles, el vino de su odres, la leche de sus pechos, la miel de su abejas y una tibia noche de amor a la intemperie en el transcurso de la cual por gracia de estas diosas la actividad de nuestras glándulas reproductoras será veinte veces más intensa que lo habitual, facultándonos para un romance profundo, acabado y específico con cada una, ya que en conjunto las ninfas suman justamente veinte.

Durante el cuarto capítulo el minero consigue escapar del cuartel gracias a los inconfesables servicios que prestó a uno de los guardias (servicios que sin embargo Tartolini “confiesa” valiéndose de un vocabulario osado pero sutil y jamás grosero), y caminando alternativamente bajo sol y luna llega a un territorio virgen habitado por mujeres indígenas también vírgenes, que claman por un individuo del sexo masculino que oficie como multiplicador demográfico de la tribu.

Quizá no es del todo verosímil la hipótesis de un nucleamiento humano exclusivamente femenino y a la vez virgen, pero la tarea del escritor consiste en sacar de mentiras verdad, y Tartolini se ocupa muy bien de sensibilizarnos al punto de derribar todas nuestras defensas racionales y retrotraernos a aquel estado de candidez primigenia en el que todos somos capaces de tragarnos un buzón entero. Y aquí ocurre que pese al carácter romántico y erótico de los hechos narrados, el ímpetu, la fogosidad y el

inmenso despliegue de energía con que el minero y las indígenas se entregan al sexo son tales que la sensación emergente en nosotros es de franca violencia. Una embarcación de la prefectura naval llega a la isla y todas nuestras ninfas se desvanecen como por encanto. Los marinos nos conducen a una dependencia oficial donde por orden de un capitán nos aplican picana eléctrica, submarino y un sinfín de otras torturas que sólo podemos soportar porque sabemos que ellas son sólo el alegórico alborozo que nuestras emociones han inventado para festejar la intensidad de la llama narrativa con que Tartolini relata aquellos otros hechos que como ya vimos no guardan parentesco semántico con los sufrimientos que nosotros nos estamos figurando padecer.

El capitán desea saber el paradero de Palas Atenea, la deidad olímpica, y nos conmina a confesar. De lo contrario, según nos dice, habrá de infligirnos el tormento que en su oportunidad fue impuesto a Prometeo, pero con un cocodrilo en lugar del águila, y además a este cocodrilo se le conferirá habilitación para comernos no solamente el hígado sino cualquier parte de nuestro cuerpo que le venga en gana, incluyendo la totalidad del mismo. Para colmo de males el capitán no da garantías de que las partes comidas se vuelvan a regenerar, como sí ocurría con el hígado prometeico.

El quinto capítulo nos trae, él sí, la paz. Un huracán derriba los muros de la prefectura marítima y nos arranca de nuestro cautiverio, transportándonos por los aires a una velocidad tolerable y placentera, sin causarnos vértigo ni volteretas desagradables ni hacernos chocar contra ningún objeto fuera de las nubes que atravesamos como si hubiéramos comprado para ello un boleto en el parque de diversiones de la naturaleza.

Muy otra es la suerte del minero, quien también emprende un largo viaje pero no por aire sino por selvas y montañas, siendo atacado por diferentes especies de insectos, miriápodos, reptiles (no cocodrilos, pues no los hay en América) y plantas carnívoras, así como por las inclemencias de un nutrido muestrario de accidentes naturales y distorsiones climáticas.

Y mientras en el sexto capítulo el minero llega a Bolivia, nosotros los lectores llegamos a Hawai. Debe ser especialmente interesante para los semiólogos esta dicotomía geográfica oculta tras el dualismo denotación-connotación, coincidente con el desdoblamiento del relato en hechos narrados y hechos erigidos en la mente como reflejo de la acción descongestiva del sintagma sobre nuestra sensibilidad.

Al promediar el séptimo capítulo nuestro minero (es decir el de Tartolini) es conchabado en la mina de estaño. En simultaneidad con esto nosotros somos admitidos como huéspedes de honor en la suite principal de un hotel de cinco estrellas, allí en la isla del placer. Cuando a los seis meses

de esto el minero cobra su primer salario y se entera de que cinco minutos antes del cobro el gobierno decretó una devaluación del 700% nosotros llamamos al botones del hotel y lo abofeteamos por no haber dejado nuestras maletas en una posición cómoda para desempacar.

En el octavo capítulo la gerencia del hotel decide ofrecer una cena para nuestro agasajo. Mientras tanto, en el texto, el minero trabaja duro y parejo.

Luego del undécimo plato (noveno capítulo) somos víctimas de una indigestión (sobredosis de salsa curry, dice el médico del hotel). Paralelamente, el minero pasa hambre porque su salario no le alcanza para comprar un mendrugo de pan.

El final sobreviene, trágico, en el décimo capítulo: nuestro héroe muere de tisis luego de semanas de reclusión en las galerías de la mina sin ver la luz del sol, trabajando horas extras sin dormir ni comer. La descripción del proceso evolutivo de la enfermedad es tan vívida y al mismo tiempo tan sobria y carente de todo sensacionalismo que su efecto en nosotros no puede ser otro que compadecer al minero, cultivar un profundo odio de clase contra la burguesía minera boliviana, y regocijarnos intensamente por nuestra buena salud. Ya la indigestión ha pasado; estamos disfrutando de un sano desayuno a base de yogur, jugos de fruta y tostadas con mermelada mientras el botones prepara nuestras valijas y el conserje llama a un remise que nos conduzca al aeropuerto para tomar el avión de regreso a casa. Nuestras vacaciones por el maravilloso mundo literario de Mauricio Tartolini han terminado.

Una crítica musical

Más allá de lo que podría hacer pesar su nombre (“Canciones extraviadas”) el recital del grupo Bacacay Blues es una verdadera inyección de buen sentido y musicalidad, una propuesta que inserta un aporte claro y definido al panorama de la música nacional contemporánea. Casi todas las canciones del espectáculo llevan la marca personal de Celio, el compositor del grupo (quien más allá de alguna imprecisión en sus digitaciones de mano izquierda demuestra una vez más que es un bajista a la vez maduro e imaginativo, capaz de combinar el rigor de procesos armónicos ya transitados con una buena dosis de imprevisibilidad en lo rítmico y en lo melódico, sin dejar de cumplir por ello su función de natural sostén para el desenvolvimiento de la labor del resto de los instrumentistas), aunque en el

quinto tema y en el primero de los bises resultó claro que Celio no se duerme sobre sus laureles y que explora nuevas líneas estilísticas en sano equilibrio con el resto del repertorio presentado.

La guitarra de Elías sonó con la soltura, prolijidad y buen gusto que caracterizan a este intérprete, que sabe alternar pasajes solísticos de gran brillantez con recursos climáticos sutiles en un juego tímbrico bien conducido que da siempre la espalda a cualquier tentación efectista.

Suárez, el benjamín del grupo, sorprendió por su solidez en el manejo de ritmos irregulares y por su múltiple explotación de las posibilidades expresivas de la batería, tan reducida por la mayoría de los grupos que la usan a una función meramente hipnótica. La meritoria gestión del sonidista consiguió proyectar a Suárez con un sonido nítido y compacto que facilitó la apreciación de su toque incisivo y masculino.

El desempeño del tecladista fue correcto y disfrutable. La austeridad, el cuidado en la elección de los registros y una técnica disimulada en el servicio al rendimiento grupal signaron la *performance* de este músico que pese a integrar las formaciones de otros conjuntos de nuestro medio sabe mimetizarse en la atmósfera particular del sonido Bacacay Blues empastándose adecuadamente con el resto del equipo.

El vocalista logró una fluida comunicación con el público, apoyándose tanto en el refinamiento de sus matices interpretativos como en su vasta solvencia escénica.

El talento de los músicos de Bacacay Blues quedó así una vez más evidenciado en este nuevo trabajo cuya puesta a punto requirió seguramente varios meses de paciente ensayo. Fue un concierto en el que la ruptura formal, la elaboración minuciosa, el virtuosismo no gratuito de los ejecutantes y un eficiente marco técnico a través de la inteligente amplificación de Herman Q. se conjugaron en el acierto de un espectáculo sugestivo y bien resuelto.

En otras palabras, el recital de Bacacay Blues fue una cagada infame, una reverenda mierda.

Lo que pasó con el perro, la rana, el ruiseñor, etc.

Había varios animales: un perro, una rana, un ruiseñor, una vaca, una leona, un surubí, un rinoceronte y una anémona de mar.

El ruiseñor cantó. Hasta ahí estaba todo bien.

La vaca mugió. Eso es normal.

El surubí nadó. Perfecto.

La leona caminó. No hay nada extraño en eso.

La rana saltó, y lo hizo muy bien.

El rinoceronte berritó. Es comprensible, ya que estaba enojado.

El perro algo andaba olfateando. Eso es habitual.

La anémona de mar no hacía nada. Se está deliberando, al respecto, en altas esferas.

El ruiseñor voló. Debe ser por la estación del año. Ciertos animales, cuando llega una cierta estación, toman ciertas actitudes.

La vaca pastó. Estaba en su derecho, ¿no?

La leona se comió a la rana. Eso no fue nada simpático. Creo que en el futuro deberíamos oponernos a que pasen cosas así.

El surubí se detuvo en seco. No sé cómo hizo.

El rinoceronte apestaba, pero bueno.

El perro ladró. No será muy original, pero es estrictamente la verdad. Allá él quien cierre los ojos a este hecho. Nosotros no debemos preocuparnos por eso; nuestra misión consiste exclusivamente en mantener informada a la población.

La anémona de mar obraba en armonía con su constitución biológica. Por el momento no podemos dar más detalles.

La leona se sintió mal. Quizá la rana estaba en mal estado.

El ruiseñor se posó en una ramita. Es lógico, estaba cansado.

El surubí apuró el paso. Venía un tiburón.

La vaca... bah, qué importa lo que hacía la vaca.

El rinoceronte sí.

El perro hacía lo suyo.

La anémona de mar... ¡la anémona de mar vivía!

La leona falleció, qué se le va a hacer.

El surubí logró eludir al tiburón, pero se dio de cabeza contra una roca.

La vaca sonrió. Es curioso. Más que eso: es hasta poco creíble.

El ruiseñor y el perro parecían Pedro y el lobo.

El rinoceronte andaba de novio. Qué te parece.

La anémona de mar no daba más abasto.
La leona se pudrió.
El surubí quedó súbitamente en compañía de roquefort. Es rico.
La vaca bostezó, si se le puede llamar así.
El rui señor y el perro aunaban esfuerzos. Eso es bueno.
La anémona sucumbió.
El rinoceronte se casó por civil.
El surubí tuvo un espasmo, quizá a causa de la acidez del roquefort.
La vaca aguzó el oído.
El rui señor y el perro entraron en una violenta discusión. No es malo discutir, lo malo es que la discusión fuera violenta.
La anémona fue dividida en sus elementos constitutivos.
El rinoceronte se casó por iglesia. Era necesario, aunque hoy en día ya la gente es más liberal.
El surubí fue parcialmente ensartado por un tenedor.
El rui señor y el perro se pusieron de acuerdo en algunos puntos. Bueno, eso ya es algo positivo.
El rinoceronte se divorció. Algunos matrimonios no funcionan.
Pobre surubí.
El rui señor y el perro elevaron un proyecto conjunto, pero éste fue rechazado.
El rinoceronte emigró, y la rinocerontesa introdujo modificaciones en la ordenación del mobiliario de la casa.
El rui señor renunció. El perro se fue a la sierra a organizar desde allí un levantamiento armado.
La rinocerontesa cambió las cortinas.
El perro fue picado por un mosquito.
El rui señor entró en la ópera de Trieste.
La rinocerontesa lo fue a ver.
El perro, acosado por toda clase de criaturas selváticas, luchaba por su vida.
El rui señor salió de la ópera de Trieste, y entró en la de Milán. Luego salió de allí y entró en una jaula de veinte centímetros por cuarenta.
La rinocerontesa dormía una siesta, y el perro entró por la ventana pidiendo ser auxiliado.
El rui señor salió de la jaula, ya que la distancia entre los barrotes era más grande que el ancho de su cuerpo.
La rinocerontesa resultó una criatura sumamente solidaria, y protegió al perro y le brindó su amor, tanto de amiga como de ninfómana insaciable.

El rruiseñor festejó el acontecimiento, y los tres, que eran los únicos que quedaban, se abocaron a la elaboración de un ambicioso plan demográfico que incluía monos, tucanes, pollos, termitas, brótolas, etcétera.

Veneno

Los invitados van llegando poco a poco a la fiesta. Señoras muy elegantes, señoritas refulgentes, caballeros de traje o de ropa sport, y todos lucen prendas que reflejan en gran medida las principales corrientes de la moda en Francia, Italia, Estados Unidos, Libia, Irán y Chile. Se forman grupos de tres, cuatro o más personas, que conversan amablemente sobre temas que también reflejan los principales problemas que ocupan el pensamiento del hombre contemporáneo en aquellos países y, en general, en todo el globo. Se escuchan citas de Foucault, Chomsky, Pinochet y otros. En la cocina, un ejército de cocteleros trabaja a toda máquina. Los mozos ajustan sus moñitas, cargan sus bandejas y empiezan su ronda por el salón. Uno de ellos se acerca a un animado grupo de mujeres y hombres que conversan frente a un cuadro de García Márquez.

–¿Veneno, señorita? ¿Veneno, señor? –dice, ofreciendo las copas que lleva en la bandeja.

Algunos se sirven. Otros dicen “después, gracias”. Los que se sirvieron toman un sorbo y fallecen de inmediato, cayendo inertes. Los demás continúan enfrascados en sus conversaciones, las cuales se van viendo privadas de los invalorable aportes de quienes prefieren retirarse de circulación mediante el contacto con el líquido letal. Algunos mozos, como van teniendo trabajo a medida que la gente muere, dejan de servir y se dedican a retirar los cuerpos fríos del salón.

–¿Veneno, señor? ¿Veneno, señora?

–Sí, por favor –contestan los pocos que van quedando, y están apenas mojándose los labios cuando ya son violentamente transferidos al más allá.

Cuando todo termina, los cocteleros y los mozos se sacan su ropa de trabajo y se aprontan para irse. Uno de ellos, antes de hacerlo, no puede contener su curiosidad y prueba un poquito de veneno. Otro, que lo mira, le pregunta: “¿Y? ¿Qué tal está? ¿Está rico?”. Pero él no contesta. El otro resta importancia al asunto y se va.

El salón queda muerto, como todos los que yacen envenenados en el piso. Sin embargo al rato empiezan a revivir y a levantarse. Pero por desgracia un segundo efecto del veneno, retroactivo, los tumba nuevamente y ya no se levantan más. Al menos por un tiempo, creo.

Montevideología

El doctor Warner había hecho una carrera brillante y era reconocido mundialmente. Su tesis sobre Duvimioso Terra había sido publicada en diecinueve países y no sólo en inglés sino también en griego, alemán, sueco, persa, italiano, islandés, provenzal y servio-croata.

Los profesores de la universidad de Northtron no pudieron ocultar el estupor que les causó verlo entre los inscriptos para cursar el posgrado de buceología. Walker, el catedrático, decidió ir a visitar personalmente al doctor para comunicarle que la universidad gustosamente accedería a obsequiarle el posgrado “honoris causa” en esa materia, sin necesidad de que él sufriera otra vez, durante dos años, las molestias que acarrea la condición de estudiante.

–De ninguna manera –dijo el doctor Warner–. Asistiré a los cursos y aprenderé mis lecciones.

–Cómo quiera –dijo Walker, con un dejo de suspicacia.

Pero pese a su avanzada edad y al creciente deterioro de su visión y de sus condiciones mnemónicas, Warner fue el mejor alumno de la clase.

Un día antes del examen final, a su casa llegó una carta anónima intimidatoria, acompañada de un mapa de la ciudad de Montevideo marca “Eureka”, que incluía barrios como el Cerro, que no figuraban en el mapa de la Esso, en el que él había basado siempre sus estudios. “Debe ser un fraude o una broma de mal gusto”, pensó el doctor, y no volvió a pensar casi nunca más en ello. Además, en lo concerniente a buceología, el nuevo mapa (seguramente apócrifo) no ofrecía discrepancias con el otro, así que el asunto quedó en el olvido.

El profesor Walker fue el designado para interrogar al doctor en el examen oral.

–¿Cuántas calles conoce usted en el barrio del Buceo que contengan en sus nombres el apellido Gómez?

–Dos –se apresuró a decir el doctor Warner.

Una ola de admiración y júbilo se expandió entre los centenares de estudiantes que se habían agolpado en el salón para ver a la eminencia en acción.

—¿Cuál de esas dos calles corta a Ramón Anador? —preguntó Walker. Los ojos del doctor brillaron. Cazó en el aire que el otro lo quería cagar.

—Las dos —dijo.

—¡Hurra! —gritó parte del estudiantado.

—¡Bravo! ¡No te mueras nunca! —gritó la otra parte.

El profesor Walker afinó su puntería y lanzó la pregunta siguiente.

—¿Podría decirme, doctor, si en el cruce entre las dos calles (ya que estas calles, por si no lo sabía usted, se cruzan) la que tiene la numeración más baja es la que lleva el nombre de pila de mayor o de menor número de letras?

—Antes de responder a esa pregunta —dijo el doctor Warner en un tono de tal severidad que un espectador recién llegado habría creído seguramente que él era el examinador y Walker el examinado—, antes de responder a esa pregunta —dijo— permítame hacerle saber que si yo no estuviese en conocimiento de que esas dos calles se cruzan no habría tenido la osadía de presentarme a este examen.

El profesor Walker se sintió presionado no sólo por el orgullo del doctor, sino por las miradas de desaprobación que todo el auditorio le dirigía en respuesta al atrevimiento de haber puesto en tela de juicio la erudición que unánimemente los medios académicos consideraban indisolublemente asociada al nombre de Warner en materia de montevideología, así que le pidió disculpas.

—Las acepto —dijo Warner, y agregó:

—La que tiene la numeración más baja en el cruce es la de mayor número de letras en el nombre de pila, ya que este nombre es Tiburcio, y el de la otra es apenas Tomás.

—¡Bien, Tiburcio! —gritaron varios de los estudiantes con bastante desatino, ya que ése no era, ni mucho menos, el nombre de pila del doctor; pero el elogio contenido en la expresión prevaleció por encima de su falta de sentido, y el doctor pasó por alto la desatención a la voluntad de sus padres, cristalizada en el hecho de que en el registro civil estadounidense él figurara como nacido Charles David Gordon Warner.

—¡Muy bien, doctor —continuó el profesor Walker—, una última pregunta. ¿Quién era Tiburcio Gómez?

–¡Eso está fuera de programa! –bramó inmediatamente Warner, y todos los estudiantes apoyaron su protesta haciendo sonar gargantas, bancos, paredes y piso.

Tenían razón. La pregunta de Walker estaba no sólo más allá de toda buceología seria, sino que excedía incluso el marco motevideológico básico sobre el que se erigían las carreras hermanas. El profesor Walker fue expulsado de la universidad, y aprovechó para jubilarse. Parece que viajó al Uruguay, y disfruta el ocaso de sus días tomándose el 195 desde el Buceo hasta el Cerro y viceversa, una y otra vez. Partiendo de su destacada actuación como buceólogo teórico, el profesor Walker tiene la pretensión de fundar la cerrología experimental. Desde esta tribuna le deseamos buena suerte.

Anaconda

Entré a la oficina de correos con una carta. Se la mostré a una de las empleadas. Ella me dio los timbres y con una sonrisa me dijo el precio. Yo le pagué también con una sonrisa y ella entonces me repitió el precio. Esta vez le pagué con dinero y ella lo contó sin mirarlo, mirándome a mí.

–¿Cómo te llamás?

–Anaconda –contestó.

–¿Hace mucho que trabajás acá?

–No, hace poco.

–¿Y a qué hora salís?

–A las ocho.

–¿Dónde vivís?

–En Alma Charrúa veinticuatro catorce.

–¿Qué barrio es?

–Malvín.

–¿Vas a la playa, en verano?

–A veces.

–¿Te gusta el cine?

–Sí.

–Están dando una buena, de Stanley Kubrick.

–Sí, ya sé.

–¿La viste?

–No.

–Yo pensaba ir esta semana.

- Qué bien.
–¿Has ido al teatro, últimamente?
–No.
–Yo tampoco. Hace tiempo que no voy.
–Sí, yo también.
–Es que no me gusta mucho ir solo, y a veces no tengo con quién ir.
–Sí, te entiendo.
–¿No lees libros?
–Sí. Cuando no hay mucho trabajo leo acá.
–Yo también –dije.
–¿Acá? –preguntó ella.
–No. Donde yo trabajo –contesté–. ¿Sos casada?
–No
–¿Tenés novio?
–No, ahora no.
–Yo tampoco.
–Ahá.
–Tampoco tengo novia, quise decir.
–Sí, te había entendido.
–¿Estudiás, además de trabajar?
–No, ahora no. Antes iba a contabilidad, pero dejé.
–Esta noche pasan el partido por televisión, ¿sabés?
–Sí, escuché el anuncio.

Se había formado una pequeña cola detrás de mí, así que le dije adiós a Anaconda y me fui. Llegué a mi casa y me hice la tal paja. Luego me prometí que un día pasaría por la oficina de correos para preguntarle a Anaconda si tenía teléfono y, en caso de que me dijera que sí, anotar el número.

Necrológica

Se cumple hoy un nuevo aniversario del fallecimiento de Vicente Germán Asquerozzi. ¡Quién pudiera tener como él el don de la palabra para expresar el profundo pesar que nos embarga a la hora de recordar el penoso vacío que su desaparición física dejó en el corazón de cuantos fueron por el destino gratificados con la dicha de conocerle! ¡Quién tuviera un solo instante el espíritu tocado por una estela de su arte escénico para recrear

ante quienes no le vieron personalmente el sol de su presencia y la excelsitud de su compañía!

Vicente Germán Asquerozzi fue por sobre todas las cosas un docente. Y lo fue no solamente en el estrado de las aulas donde dictó cátedra por más de cuarenta años, forjando en ellas una nueva generación quizá no tan brillante como la que le precedía pero sí capaz de afrontar dignamente los problemas nacionales. También fue docente Vicente Germán Asquerozzi en su hogar, en la calle, en los paseos públicos, en la colonia de vacaciones que solía frecuentar, en el ómnibus, en las fiestas o recepciones a las que era invitado, en los comercios de los que era cliente, en fin, por doquier. Ojalá no fuera la muerte un estado tan implacablemente continuo como por desgracia es, para que nosotros los deudos de Vicente Germán Asquerozzi pudiéramos de tanto en tanto acudir al maestro para aclararnos algunos de los puntos que su esfuerzo docente no logró fijar debidamente en nuestras neuronas por haber faltado en nosotros una asunción suficientemente integral de nuestra condición de educandos, asunción que nos habría llevado a no malgastar nuestro tiempo libre en diversiones mundanas y aprovecharlo sí en absorber más luz de la que sin cesar irradiaba el dómine, y de la que las luces malas que surgen ahora de su osamenta no son más que una sombra ciertamente muy poco representativa.

Pero nos quedan sus escritos, y no faltan en el mundo eruditos capaces si no de interpretar, al menos sí de recomendar esos trabajos iniciando así la magna labor de acercarlos al público, siendo que éste por supuesto no podrá entenderlos todavía pero sí podrá recurrir a otros eruditos que abrirán la primera página de una historia de siglos que terminará el día en que los textos sean descifrados.

Hace ya tiempo que Vicente Germán Asquerozzi nos dejó. Desde entonces, y para nuestra mayor vergüenza porque eso no era lo que él había dispuesto para nosotros, sólo hemos sabido deambular sin rumbo entre las acechanzas que los senderos del mundo nos deparan, en lugar de ser el torrente de savia nueva que, según sus palabras, habría de conducir la antorcha de su sabiduría hasta riberas por él inexploradas. Pero abrigamos la firme sospecha de que él sólo nos decía eso por modestia: Vicente Germán Asquerozzi debe haber sabido siempre que nosotros, sus discípulos, no alcanzaríamos jamás su estatura intelectual y que permaneceríamos por siempre debatiéndonos inútilmente por salir del pantano de mierda en que nos dejó inmersos.

El arca de Noé

Llovía mucho afuera. Era el tercer día. Noé miraba por una escotilla cómo algunos de sus ex vecinos y parientes tenían el agua hasta las rodillas. El loro aleteaba a su alrededor, emitiendo berridos de rinoceronte. La lora, en cambio, trataba de aprender a croar como la rana.

–¡Ey! –dijo el orangután acercándose a Noé–. ¡Esta mona que me trajiste no me gusta! Dejame salir, que la quiero cambiar por otra.

El gorila, fiel a Noé, hizo callar al orangután y lo amenazó con tomar para sí a la orangutana si continuaban las protestas.

–Así que conformate con lo que tenés –le dijo–, y por si te interesa te informo que el chancho está durmiendo y que la chancha se siente sola.

El orangután fue a ver a la chancha pero el hijo de Noé se le había anticipado. Optó entonces por despertar al chancho e informarlo de la situación. Pero al chancho se lo estaba comiendo la pantera y el lobo, alarmado, había ido a contárselo a Noé. Noé vino furioso a reprender a la pantera, pero fue alertado por la ardilla de que un grupo de hombres del exterior pretendían derribar la puerta del arca para entrar. Pero Dios hizo que lloviera más fuerte en ese momento, golpeando duramente en las cabezas de esos hombres y obligándolos a retirarse buscando la protección de algún árbol o alguna casa que todavía se mantuviera en pie (aunque con dicho pie mojado). Noé quiso volver con la pantera pero la abeja lo picó, dejándole el aguijón clavado y cayendo luego ella al piso, inerte.

–¡Qué imbécil que fui! –dijo Noé–. ¡Tendría que haber traído una abeja reina! ¿Cómo hago ahora para perpetuar la especie?

Fue problemático llegar a tener otra vez un chancho y una abeja en el arca, pero Noé lo logró de a poco con cruces sucesivas de jabalíes selectos y de avispas deformes que el pez espada se encargaba de coronar reinas.

El cuarto día fueron expulsados del arca el tiranosaurio y su mujer, por andar dando coletazos que amenazaban la estabilidad del arca y la seguridad de sus ocupantes. El tiranosaurio protestaba diciendo: “¡Esto es ilegal! ¡Nuestra permanencia o no debería decidirse por selección natural!”. El plesiosaurio y el megaterio se solidarizaron con los expulsados haciendo una huelga de hambre. Fueron expulsados también, y entonces la plesiosauria y la megateria, que todavía no habían quedado embarazadas, llegaron al final de sus días sin dar a luz a ningún continuador de sus especies, ya que ninguna de sus uniones con otros animales resultó fértil. La unión del hijo de Noé con la chancha sí dio lugar al nacimiento de una

especial criatura, pero Noé se la sirvió en almuerzo a los cocodrilos por no figurar en la lista de pasajeros que había recibido de manos de Dios.

En fin. No alcanzarían ni catorce biblias para contar todo lo que pasó en el arca de Noé.

Red

Rodríguez subió a su apartamento del piso catorce. Subió la persiana del living y echó una mirada a la ciudad a través del ventanal. Vio otros edificios, vio nubes, vio personas, vio autos, vio carteles luminosos. Fue a su cuarto, se sacó los zapatos, se puso las pantuflas y se remangó la camisa. Luego puso las palmas de sus manos contra una de las paredes laterales del ropero y empezó a empujar. Manióbró hasta que pudo sacarlo del cuarto. Lo fue llevando por el pasillo y lo dejó en el living. Entonces fue y abrió el ventanal. Miró hacia abajo. La calle estaba iluminada. No se veía a nadie al pie del edificio. Tampoco circulaban autos en ese momento por esa calle. Rodríguez volvió por el ropero y lo siguió empujando hacia el ventanal. Al llegar hizo acopio de fuerzas y dio el último empujón. Se asomó y miró la caída. Escuchó el ruido. Vio a algunos curiosos mirar desde las ventanas del edificio de enfrente. Luego fue a buscar la mesa del comedor. La llevó hasta el ventanal. Se asomó otra vez para asegurarse de que no había nadie abajo, y la tiró. Lo mismo hizo con el aparador de la cocina. Vio entonces que algunas personas en la calle se acercaban a mirar el desparramo de pedazos de madera. Rodríguez volvió a la cocina, desenchufó la heladera y la fue empujando hasta arrimarla al ventanal. Entonces se asomó y gritó “¡va heladera!”. Y empujó la heladera. La gente abajo se dispersó. Rodríguez fue al baño y retiró el calefón. Lo llevó hasta el ventanal, y vio que un coche se estacionaba frente al edificio. Esperó que su ocupante saliera y entonces gritó “¡va calefón!”. Trató de embocarle al techo del auto, pero no lo logró. El calefón cayó en medio de la calzada. Rodríguez fue por el televisor de veinticuatro pulgadas, gritó “¡va televisor!” y lo tiró. Mientras el televisor caía Rodríguez gritó “¡es de veinticuatro pulgadas!”. El aparato cayó sobre el auto, aunque desde arriba Rodríguez no pudo ver exactamente qué daños le ocasionó. Abajo había cada vez más gente. Todos miraban hacia arriba. Llegó un coche de la policía. Cuando los agentes bajaron, Rodríguez pegó un grito de advertencia y empezó a tirar por el ventanal todas las sillas de la casa. Luego siguió con la biblioteca, el bidé, la cocina, las puertas interiores, el inodoro y la mesita del teléfono.

Cuando iba a tirar la bañera sonó el timbre, acompañado de cuatro golpes en la puerta. “¡Abra, es la policía!”, oyó decir Rodríguez. “¡Un segundo, ya voy!”, contestó él. Tiró la bañera y fue a buscar el escritorio. Hubo más golpes en la puerta, y el timbre empezó a sonar sin interrupción. “¡Abra o tiramos la puerta abajo!”, dijo la voz que había hablado antes. “Ya termino; tengan la bondad de esperar un momento”, contestó Rodríguez. Tiró el escritorio y fue a buscar la cama y la mesita de luz. Los golpes se hicieron más fuertes y la puerta empezó a sacudirse. “¡Esperen!”, gritó Rodríguez, “me falta muy poquito”. Los golpes siguieron. Rodríguez tiró la cama y la mesa de luz. La puerta entonces cedió y aparecieron los cuerpos de cuatro policías. “Yo ya iba a abrirles la puerta”, les dijo Rodríguez, “no era necesario que hicieran eso”. Y se acercó al ventanal y se mandó para afuera. Pero la policía abajo había montado una red, y apenas él cayó la red se cerró y Rodríguez quedó aprisionado en ella. “Creíste que te iba a ser fácil escapar”, le dijo el jefe de policía, acercándosele mientras tomaba puntería con su treinta y ocho. Enseguida le disparó cinco balazos. La gente que se había aglutinado debajo de la red se dispersó.

Un laberinto dimensional

Usted llega al parque de diversiones y saca un boleto para el “Laberinto”. Entrega el boleto al portero y éste lo hace pasar (por la entrada, naturalmente). Usted observa el lugar y se siente estafado, ya que sólo es una habitación vacía. Bueno, no tan vacía, ya que usted mismo se encuentra allí. Pero también hay, sentado en el piso, pensativo, un arlequín. Del lado hacia el que usted está mirando hay una abertura similar a la que le sirvió de entrada. En el piso hay, dibujada, una flecha que señala esa abertura y dice “Salida”. En la pared que está a la izquierda de la abertura, también hay una flecha que la señala y dice “Salida”. Y lo mismo dice una tercera flecha, que apunta a la abertura desde la pared que se encuentra a su derecha.

–Ayúdeme a salir, por favor –dice el arlequín–. No quiero estar más aquí.

–¿No sabe leer? –le pregunta usted–. La salida es allí.

–La salida podrá SER allí –contesta él–, pero para poder salir yo necesito saber también dónde ESTÁ la salida.

–La salida ES allí y también ESTÁ allí –dice usted.

–No sé si creerle –dice el arlequín–. Pero aun cuando eso fuera cierto yo tendría que saber si la salida, además de ser allí y estar allí, es ésa.

–La salida es allí, está allí y es ésa –dice usted.

–Puede ser –dice el arlequín–. Eso explicaría lo de las tres flechas que la apuntan. Una indica que es allí, otra que está allí, y la tercera que es ésa.

–Entonces ¿qué espera para salir? –pregunta usted.

El arlequín mira a su alrededor.

–Es que no sé si la salida es por allí –dice.

–La salida es por allí –contesta usted–, y además, como ya le dije, es allí, está allí y es ésa.

–Pero no hay ninguna flecha que indique lo primero.

–Puede ser, pero eso no quita que sea cierto.

–De todos modos –dice el arlequín– hay otra cosa que no sé.

–¿Cuál?

–Si la salida está por allí.

–Eso délo por seguro –afirma usted.

–¿Y la flecha que lo indica dónde está?

–No está. Es que este laberinto está mal señalizado, pero es para confundirnos –aventura usted–. Ahí debe estar la gracia de todo.

–Muy gracioso no me parece –dice el arlequín–. Pero en fin, si usted quiere salir, hágalo. Yo lo miro desde acá.

Usted vacila. Mira al arlequín y a la salida. De pronto, por la abertura de entrada, se asoma el portero y grita “¡Tiempo!”. Usted sale. ¿Y el arlequín? No, no salió. Quizá sea parte del juego. Sin embargo no: ahí está, sentado bajo un árbol del parque.

–No lo vi salir –le dice usted, acercándose.

–Yo tampoco a usted –responde él.

Luisa, Julia y Greta

Luisa fue mi primera novia, y el gran amor que yo sentí por ella tenía su fuente en el parangón que yo establecía entre nosotros, por una parte, y la pareja Supermán-Luisa Lane (de la historieta Supermán) por otra. Mi nombre por aquella época era Carlos, y en mi delirio ese nombre se me antojaba una traducción castellana de “Clark”, el nombre portado por Supermán en su otra identidad. Nuestros amigos y familiares, por suerte

para mí (ya que de otro modo yo habría hecho el ridículo ante todos), nunca sospecharon que mi amor por Luisa se había originado en esa asociación. Sólo ocurrió que una vez un amigo, cuando yo le presenté a Luisa, dijo “encantado, señorita Lane”, y yo me puse colorado como un tomate; pero encubrí mi vergüenza fingiendo un acceso de tos, y me salvé de revelar mi secreto.

Me separé de Luisa a partir de que ella, increíblemente, empezó a decirme que quería estudiar periodismo¹ y a pedirme que hablara con Jaime², un amigo mío cuyo padre tenía un importante cargo en uno de los principales diarios de Villachica³. Mi decisión de dejarla sobrevino con la toma de conciencia de que si Luisa se iniciaba en la carrera periodística yo quedaría irremediablemente rezagado en la vida, ante la imposibilidad de hacer un curso para adquirir superpoderes, o hacerme de éstos por cualquier otro procedimiento. En efecto, las leyes físicas del planeta en que vivía no habilitaban a nadie para semejante privilegio, quizá a causa de girar en torno a una estrella roja⁴, o vaya uno a saber por qué otra razón.

Mi segunda novia se llamaba Julia, y yo me había enamorado de ella por su belleza y su personalidad cautivantes, y no por nada vinculado a su nombre ni al hecho de que yo, por esa época lector asiduo de historietas pero no de gran literatura, llevaba a la sazón el nombre de Romualdo. El vago paralelismo de nuestros nombres con los de los amantes personajes de Shakespeare me pasó absolutamente desapercibido hasta que un día Julia me dijo que sus padres no tolerarían jamás nuestro matrimonio y que, enterados de nuestra relación, le habían exigido su ruptura conmigo. Ella me dijo que eso no le importaba y que quería seguir con nuestro amor, pero yo, temiendo un doble suicidio, decidí apartarme de ella para siempre.

Permanecí un tiempo más en Italia, pero no se me presentó ningún romance. Las mujeres huían de mí, y en cambio había una perra que al parecer acababa de tener cría, y no sé por qué me confundía con ella y me perseguía para darme de mamar. A mí y a otro tipo igual a mí, que se había empeñado en acompañarme.

Consulté mi documento de identidad y vi que mi nombre había sido modificado: de llamarme Romualdo había pasado a llamarme Rómulo. Comprendí entonces que el animal no debía ser una perra sino una loba, y que de algún modo se me estaba pidiendo que fundara la ciudad de Roma.

¹Luisa Lane, el personaje de la historieta, es periodista.

²Otro de los personajes de “Supermán” se llama Jaime Olsen.

³Ciudad en la que me crié, en el hogar de los Kent.

⁴En el sistema de cualquier sol rojo Supermán pierde todos sus poderes.

Me negué categóricamente a ello. Todavía tenía algo de dinero y escapé en el primer avión.

La mujer con la que me casé se llama Greta. Yo Hans. Vivimos muy felices y no atravesamos dificultades de ningún tipo, aunque yo abrigo la esperanza de que algún día, como Hansel y Gretel, nos perdamos en algún bosque y encontremos una casita de chocolate. Yo siempre llevo conmigo unas granadas, una ametralladora y una pistola de rayos láser por si nos encontramos con la bruja. Pero es muy improbable que ocurra esto, ya que se trata sólo de un cuento, y además la ciudad en que vivimos es puro hormigón y asfalto y no tiene un puto bosque.

Comunicado del Ministerio del Hinterior

El Ministerio del Hinterior solicita la más amplia colaboración de la población civil para conseguir su propia captura, o sea la de la población civil.

Motiva esta solicitud una inteligente observación realizada por el sargento Mistral, consistente en que la última Constitución votada en su oportunidad por la ciudadanía se contradice en algunos puntos con la que anteriormente tenía el país, por lo cual resulta inconstitucional y su práctica constituye flagrante delito de traición a la patria.

Según se sabe no habrá problemas de locación para la masa presidiaria, ya que por gentileza del Ministerio de Obras Públicas todos los planes de fomento edilicio desarrollados en los últimos años serán orientados en su última fase –la de terminación– en este sentido, o sea el carcelario. Y si eso no alcanzare, siempre está la posibilidad de que cada ciudadano sea recluido en su propia casa, la cual por ser su hábitat natural hará más llevadera la condena que si ésta fuera cumplida en cárceles reglamentarias, no obstante lo cual esto último sería sin duda lo más deseable y a estos efectos el Ministerio se encuentra tramitando un préstamo con el Bid.

También los ferrocarriles nacionales –ya que ahora nadie los va a usar como tales– están siendo acondicionados para acoger en cautiverio a la ciudadanía. Su ubicación en 1ª o 2ª clase dependerá de cuánto valore cada uno –en términos económicos– su comodidad y confort.

Volviendo a lo de las casas –residencia habitual de la población, que como vimos en algunos casos se mantendrá–, el personal del Ministerio efectuará en cada hogar las transformaciones que estime convenientes a fin

de hacer de cada uno una cárcel modelo. Se designarán funcionarios que se harán cargo de la decoración, de la reubicación del mobiliario, asignación de dormitorios por sexos y edades, etcétera.

En cuanto a los menores de edad, que no son imputables de delito, pasarán a orfanatos, reformatorios y otras dependencias del Estado, quien asumirá su tutoría. Está todavía en discusión si los menores que cumplan la mayoría de edad pasarán a purgar condena junto a sus padres si los tuvieren, o si quedarán en libertad condicional. Pero el sargento Mistral ha hecho también una inteligente observación referente a este tópico, y es que los menores no pueden cumplir la mayoría de edad, puesto que tal cumplimiento estaría en contradicción con la hipótesis de que se parte, esto es, que son menores. Por esta razón se espera que la discusión sobre el punto quede cerrada a la brevedad.

En cuanto a lo de la pena, será cadena perpetua, o sea hasta la muerte, por lo cual la repoblación del país quedará a cargo del funcionariado del Ministerio, que por feliz previsión de anteriores gobiernos resulta que es mixto. Y por supuesto la generación que surja de estas uniones, así como su progenie sucesiva, estará libre de toda culpa y será fiel a la bandera, al escudo, a la tradición y a todo cuanto por disposición superior sea oportuno ser fiel.

Departamento de homicidios

El teniente Swanson no pudo terminar su café. Kovinsky, el comisionado, estaba de pie en la puerta de la oficina, con cara de excepción. Esa cara que ponen quienes cargan con las máximas responsabilidades cuando se presenta un asunto suficientemente importante como para dudar de si su personal será idóneo para afrontarlo.

Con media rosquilla en la boca, Swanson saltó de su silla giratoria y siguió a Kovinsky, que lo llevó a su despacho. Había una exposición de fotografías sobre el escritorio. Y en todas se veía la misma figura, en diferentes ángulos y desde diferentes distancias.

—Este es el hombre —dijo el comisionado—. Y un soplón de Pillsbury acaba de cantar su domicilio.

—¿Necesitaré una orden? —preguntó Swanson.

—No es indispensable, pero si así lo quiere le ordeno que vaya —respondió Kovinsky.

Swanson terminó de reducir la rosquilla a bolo alimenticio y se guardó una de las fotografías en el bolsillo. Se disponía a salir, cuando el comisionado le dijo:

–Busque a Pillsbury. Será mejor que vaya acompañado esta vez.

El sargento estaba en un pasillo, coqueteando con su propia imagen, reflejada en la puerta de uno de los armarios metálicos. El teniente le hizo apenas un gesto con la cabeza al pasar cerca, y Pillsbury lo siguió.

Swanson condujo el coche despacio, con prudencia, y sin usar la sirena, hasta detenerse frente a los portones de la mansión. Pillsbury oprimió el botón del intercomunicador. Sin que nadie al otro lado inquiriera su identidad, empezó a sonar la chicharra indicando que el portero eléctrico había sido accionado. Los dos policías entraron. Atravesaron el jardín. Pillsbury encendió un cigarrillo.

Una criada asomó la cabeza por una ventana del segundo piso, y les preguntó qué querían. Swanson le mostró las fotografías.

–Somos oficiales de la policía. Buscamos a este hombre –dijo.

–El señor Barclay falleció esta mañana –dijo la criada.

–Ya lo sabemos –replicó Swanson–, pero ¿cómo sabe usted que estas fotografías son de él? ¿Tiene ojos biónicos, preciosa?

–Yo fui quien las sacó –dijo la criada y desapareció de la ventana. Swanson y Pillsbury esperaron, pensando que la mujer bajaría a abrirles. Pero esto no ocurrió. Swanson señaló a Pillsbury la puerta y dijo:

–Proceda, sargento.

Pillsbury tomó carrera y embistió la puerta, que cedió con facilidad. No así la cerradura, que se mantuvo firme en su lugar, solidariamente con el sector de la madera donde estaba embutida.

El cadáver de Barclay estaba al pie de la escalera que conducía a los dormitorios de la mansión. Su rostro era reconocible, pero su torso y sus piernas habían sido despiadadamente mutilados.

–Regrese ahora a la Jefatura –dijo Swanson a Pillsbury–. Hay que informar de esto al comisionado.

Pillsbury buscó un cenicero para apagar su cigarrillo pero no encontró ninguno. Iba a apagarlo en el piso cuando una mirada reprobatoria del teniente lo disuadió. Pero el cigarrillo se le cayó enseguida, a consecuencia del sobresalto que durante breves instantes lo sobrecogió. Y esos breves instantes fueron los que necesitó el cuerpo exánime de la criada para rodar desde arriba hasta abajo por la escalera. Pillsbury esperó a que este cadáver quedara apilado sobre el primero y enfiló hacia lo que quedaba de la puerta.

–Espere –lo retuvo Swanson.

–¿Sí, teniente?

–Informe al comisionado también lo de esta mujer.

–Correcto. ¿Tomará usted huellas dactilares?

Swanson sacó de un bolsillo su navaja instantánea, que también tenía accesorios para destapador, cortauñas, lapicera y tirabuzón.

–No será necesario; tomaré directamente los dedos –dijo.

Pillsbury abandonó la mansión. El teniente guardó en una bolsa plástica las muestras identificatorias y empezó a subir la escalera con sigilo.

–¿Quién anda ahí? –dijo una voz, al parecer proveniente de una de las habitaciones de arriba.

–Teniente Swanson, del departamento de homicidios.

–Ah –dijo la voz.

Swanson subió el último escalón y se dirigió a la única de las habitaciones que tenía la puerta abierta. Era un cuarto espacioso, sabiamente amueblado, con libros por todas partes. Y en el camastro, en rígida diagonal, había un cuerpo. Un cuerpo humano, que cincuenta o sesenta años atrás podía bien haber sido el orgullo de la quinceañera que entonces lo portaba. Y la inusual distancia que mediaba entre las partes constitutivas de este cuerpo, así como cierta notoria discontinuidad entre ellas, eran signos inequívocos de muerte, y no de cualquier muerte sino de una muerte cuyo autor tenía nombre y apellido; y probablemente ese apellido era el de su madre, a juzgar por el estado en que había dejado a la víctima. Swanson sacó una libreta de apuntes nueva, sin uso, y echando una rápida ojeada a la habitación, garabateó algo en la primera página. Luego salió, bajó las escaleras, vadeó los cuerpos y dejó la casa.

Tomó un taxi y en menos de una hora estaba de vuelta en la Jefatura.

–Ya me informó Pillsbury de los dos homicidios –le dijo Kovinsky, al verlo.

–Tres –sentenció él, con tosquedad.

–¿Tres? ¡Vaya! La gente de archivo sí que tendrá trabajo hoy.

–Para eso les pagan los contribuyentes.

–¿Y los contribuyentes podrán pagarles para que trabajen tiempo extra? Acaban de telefonar desde la zona oeste, teniente. Hubo problemas en un supermercado. Un maniático. Entró con una bazooka y acabó con las seis cajeras que estaban de turno, además de hacerlo con una o dos docenas de clientes de los que hacían cola para pagar.

–Eso significa que no voy a poder terminar mi café –dijo Swanson con voz apacible.

–¿Sí? ¿En qué idioma?

Pillsbury irrumpió en el despacho. Llevaba en la mano un cigarrillo, sosteniéndolo en posición vertical, con la ceniza hacia arriba, tratando de que no se le cayera.

–Perdone, jefe, le voy a usar el cenicero –dijo.

–¿Cuándo vas a dejar de fumar tanto, bastardo? –lo increpó Kovinsky.

–Cuando mi padre me lo pida –respondió el sargento.

Swanson manoteó su impermeable.

–En marcha, Pillsbury –dijo–. No hay tiempo que perder.

Una muchedumbre se había agolpado en las inmediaciones del gran centro comercial. En varias manzanas a la redonda, miles de ávidos espectadores obstaculizaban la labor del cuerpo de bomberos. El sargento Pillsbury, al volante, se abría paso mediante el cumplimiento estricto de las leyes de tránsito: con el semáforo en verde, no importaba si las ruedas pisaban asfalto, prendas de vestir, o carne humana al descubierto.

–¿Qué pasó? –preguntó Swanson por la ventanilla a un oficial de bomberos.

–Una bomba incendiaria. El supermercado ya no está.

–¿Y los cuerpos?

–Tampoco. Al menos, no como tales.

–¿Quién lo hizo?

–Probablemente un maniático. Un incendiario.

–El asesino, quizá –intervino Pillsbury.

La humareda, la gente, los chijetazos de agua anulaban toda visibilidad.

–No lo creo –dijo el teniente–. A menos que esté de veras chiflado hasta los tuétanos. Nadie cambia tanto su *modus operandi*.

–Debe ser para despistar.

–Es posible. De todos modos, nosotros ya no tenemos nada que hacer aquí. Este es un trabajo para los arqueólogos. O para los paleontólogos, o como cuernos se llamen.

–Sí –asintió el sargento–. Puede que en veinte o treinta años encuentren algún huesito allí dentro.

–Vámonos de aquí –dijo Swanson–. Creo que prefiero el humo de sus cigarros.

Pillsbury puso primera y arremetió contra dos o tres curiosos que estaban figoneando frente al coche policial.

–Oiga, teniente –dijo, cuando hubieron alcanzado terreno más despejado–, antes de salir de la Jefatura estuve hablando con mi soplón.

–Me lo figuraba –afirmó Swanson–. Está usted bastante despeinado.

–Tiene una sorpresa para nosotros –siguió Pillsbury, haciendo caso omiso de la burla.

–¿Sí? ¿Dónde?

–Estamos cerca. Es a cinco calles de aquí.

–¿Cinco calles? ¡Caracoles, espero que no sean paralelas!

Estacionaron frente a un viejo edificio. Swanson amartilló su arma.

–Guarde eso, teniente –dijo Pillsbury, abriendo su puerta y dando la vuelta para abrir la de Swanson–. Los muertos no lo necesitan: ya están muertos.

–Eso guárdelo para Perogrullo. Yo prefiero velar por mi seguridad –dijo el teniente.

Entraron. Pillsbury oprimió el botón para llamar al ascensor, y dijo:

–Tendremos que subir de a uno. Este ascensor es muy estrecho. Yo iré primero, si le parece.

–Como guste.

Pillsbury subió. El teniente apaciguó la espera abriendo un paquete nuevo de goma de mascar. Mascó con ganas. Pillsbury regresó cuando el sabor de la esencia de frutas empezaba a desvanecerse.

–Está ahí. En el vestíbulo.

–Quién –inquirió Swanson.

–El cadáver.

–Quién es.

–No sé. No lleva identificación.

–Habrá que conseguirle una.

El teniente escupió la goma de mascar.

–¿Cómo sabía esto su soplón? –preguntó.

–No lo sé –contestó Pillsbury–. Tal vez él fue quien lo mató.

–Entonces él podrá identificarlo. Ocúpese de ello, Pillsbury.

–Bien, jefe.

–Yo volveré a la Jefatura. Creo que el comisionado se pondrá contento.

–¿Sí? ¿Por qué?

–El es así –dijo Swanson, mirando distraídamente la oscura rendija que separaba la puerta plegable del ascensor y el piso–. Se pone contento de golpe, sin motivo aparente. En general ocurre por las tardes.

–Ah, teniente –dijo Pillsbury–. Ya entregué al laboratorio los dedos de ese desgraciado, Barclay.

–Buen trabajo –dijo Swanson, y salió.

Había un gran revuelo en el primer piso de la Jefatura. El comisionado hervía y sudaba aceite. Swanson no tuvo necesidad de preguntar qué ocurría.

–¡Es el colmo! –rugía Kovinsky–. ¡La ola de crímenes llega hasta aquí, hasta el seno del propio departamento de homicidios!

–Para eso estamos –dijo el teniente tratando de calmarlo.

–¡Retiren inmediatamente ese cadáver de mi bidet! –bufó el comisionado.

Dos agentes novatos entraron al gabinete higiénico adjunto al despacho de Kovinsky y sentaron el cuerpo inerte en el inodoro.

–Así estará mejor –dijo Swanson, viéndolos, y agregó: pueden retirarse, yo arreglaré esto con el comisionado.

En ese momento un hombrecillo enjuto, con anteojos redondos y una visera cuyo soporte era el perfecto marco para la calva de su titular, se asomó por la escalera y dijo a Swanson con el más neutro y rutinario tono de voz, que el informe del laboratorio sobre los dedos de Barclay ya estaba listo.

–¿Sí? –exclamó el teniente–. ¿Y qué arrojó?

–Que los dedos pertenecen al señor Barclay –dijo el hombrecillo.

–Mmmm, habrá que devolvérselos, entonces –murmuró Swanson–. ¿Sabe dónde está él ahora?

–Probablemente en la morgue –dijo el comisionado–. Pero deje eso por ahora. Hay asuntos más urgentes.

–¿Otro homicidio?

–Y sí, teniente –dijo Kovinsky, con voz queda–. Para eso estamos.

Giros

El zvgltb gira alrededor del gmfmng. El ptgnif gira alrededor del zvgltb. El antñla gira, a su vez, alrededor del –o si prefiere, en torno al– ptgnif. La Vía Láctea –y esto es ya más de dominio público– gira alrededor del antñla. El sol gira (¿quién lo duda?) alrededor del centro de la Vía Láctea. La tierra gira alrededor del sol. Pero ella –créalo usted o no– no se limita a esto: gira también alrededor de sí misma. Este giro tiene, sobre la

superficie del planeta, efectos bastante especiales. La parte del continente americano que se halla ubicada la sur del Río Bravo, por ejemplo, se desprende de la otra y describe alrededor de ésta una vuelta completa, pasando de cola entre Vladivostok y Alaska, siguiendo por el Océano Glaciar Artico y por el Atlántico hasta volver a su posición original. Este “tour”, a su vez, trae aparejados otros desprendimientos, como es el caso de la provincia argentina de Buenos Aires, que se sale del continente a fin de permitir que las demás provincias también se salgan y giren alrededor de ella. Una parte de esta provincia, sin embargo (la ciudad de Buenos Aires), sigue a veces una trayectoria singular: cruza el Océano Atlántico hasta la desembocadura del Río Sena, en Francia, y por ese río llega hasta París, la circunvala y luego retorna a incorporarse a su provincia de origen, en el punto de la órbita en que ésta se encuentre. Luego, cuando todo el subcontinente vuelve a pasar por el Altántico Norte, esta ciudad aprovecha para dar un pequeño rodeo en torno a Nueva York. La ciudad de Montevideo también se desprende de su contexto nacional, y sigue una trayectoria aún más compleja. Una de sus partes acompaña a Buenos Aires en su largo paseo, pero girando siempre alrededor de ella. Otra va al encuentro de Río de Janeiro y le da dos vueltas de calesita. Otra prefiere sacar boletos para otro juego llamado “México”. Mientras ocurre todo esto, los dieciocho departamentos restantes del Uruguay van formando una especie de nube de asteroides que dan vueltas alrededor de las diferentes secciones itinerantes de Montevideo. Algunos llegan también a realizar sus propios y personales giros en torno a Buenos Aires o Brasil, en forma independiente de la coreografía seguida por la central montevideana. Estos desplazamientos producen, quizá por inercia, extraños movimientos en la superficie de aquellos asteroides. Las vacas, por ejemplo, no pastan sobre las praderas de modo indiscriminado o aleatorio, sino que lo hacen de tal forma que van dibujando elipses de pasto comido alrededor de los focos donde se encuentran erigidos los principales bancos del país. Y alrededor de las vacas giran poblados círculos de niños hambrientos, que por momentos pretenden acercarse a ellas, sin lograrlo debido a que tales acercamientos no son compatibles con las leyes físicas que rigen el movimiento de los cuerpos.

Anabel: un crimen perfecto

Me costó varios años de angustias, ansiedades, varios años de no poder sentirme realmente a gusto en ninguna actividad, no poder estar suficientemente tranquilo como para disfrutar de las cosas bellas de la vida. Ni la soledad ni las compañías esporádicas eran capaces de suprimir en mi mente esa especie de ruido de fondo, esa gota de agua, esa bruma que me acosaba envolviendo cada uno de mis momentos, y que no se identificaba ante mí como un enemigo franco: sólo se daba a conocer mediante su acción sobre las demás cosas, como un par de lentes de sol que yo hubiese tenido puestos sin darme cuenta, notando siempre algo mal en los colores de lo que me rodeaba, pero sin atinar a descubrir qué era, ya que los lentes de sol no quitan la capacidad de discriminar un color de otro. Uno mira a través de ellos y todo lo que se ve es perfectamente lógico, o al menos tan lógico como lo que se ve sin los lentes. Las relaciones entre las cosas no cambian; sólo se vuelven un poco más tristes esas cosas que han de relacionarse.

Pero mi sicólogo me ayudó. Me hizo comprender que tenía que matar a alguien. Tantos años de regodeo con la violencia practicada por terceros, ya fuesen terceros reales o imaginarios, tantos años de leer crónicas rojas o novelas policiales, tantos años de ver asesinatos por televisión y de detener la mirada en la página de avisos fúnebres al hojear el diario. Sí. Tenía que dejarme de masturbaciones y asumir de una vez por todas que hasta no haber matado a una persona no podría vivir en paz conmigo mismo.

No sé por qué elegí a Anabel. Será porque yo la amaba, porque la veía tan hermosa y tan llena de vida que esa vida suya se me hacía patente en grado sumo; y en el mismo grado habría de ser patente la supresión de su vida. ¿De qué podía valerme asesinar a una persona de esas que andan en el mundo sólo por inercia, de esa que a nadie le importan y de las que nadie espera nada? ¿De qué podía servirme quitar la vida a alguna de esas personas que no la usan, que sólo la mantiene en estado latente, empleando su tiempo en quemarse lentamente a treinta y seis grados centígrados y medio, esperando el golpe de gracia de su fin biológico mientras se distraen en actividades frívolas que justifican sin pasión con argumentos no menos frívolos, consistentes en proverbios derrotistas y perogrulladas paralizantes? De nada, de nada podía servirme aniquilar a personas así, de nada que no fuese en todo caso hacerme de un poco de práctica en la

técnica del homicidio, y así lo hice, como mero entretenimiento para cuando sonara la hora por mí señalada para la muerte de Anabel.

Pero, acaso exigido por años de lectura de buenas novelas policiales, tuve la pretensión de condimentar mi obra con la magia secreta del crimen perfecto. Para empezar oculté, borré de mi conducta todo indicio del móvil. Era tierno y comprensivo con Anabel, y cuando nos casamos fuimos muy felices en nuestra luna de miel y en la educación y el cuidado de nuestros primeros hijos, de tal modo que cuando el asesinato se consumara –pensé– la gente iba a decir que yo la había matado –si es que de esto llegaban a enterarse– porque había enloquecido. Muy pocos notarían la petición de principio implícita en esa sentencia, y que resulta de afirmar a la vez que A mata a B porque A está loco, y que A está loco porque mata a B. En realidad la policía nunca averigua por qué una persona mata a otra. En sus informes siempre, de un modo u otro, recurre a esa petición de principio. A mató a B –dicen– para quedarse con su dinero. Muy bien, ¿y cómo lo saben? Lo saben sólo porque A mató a B y se quedó con su dinero. Siempre establecen arbitrariamente relaciones causales entre los hechos que observan. ¿Por qué A mató a B? Porque querría quedarse con su dinero. Pero hay muchos A que ambicionan el dinero de muchos B. ¿Por qué A mató a B? Porque su codicia creció demasiado, más que la de los otros A. ¿Y cómo saben que su codicia creció demasiado? Porque mató a B. Así son las cosas. Ellos no saben por qué A mata a B. Y los enemigos de la policía, ¿saben por qué la policía mata a los que luchan contra el sistema? No, no lo saben. Fulano luchaba contra el sistema. Al sistema le molestaba Fulano y por eso lo mató. Eso responde a leyes estadísticas. Pero ¿por qué el policía Mengano mató a Fulano? No se sabe. Quizá lo enloqueció el poder, y por eso lo mató. ¿Y cómo sabemos que lo enloqueció el poder? Porque mató.

No fue nada difícil entonces ocultar el móvil del crimen. El único que lo conocía era mi sicólogo, y me deshice de él sin dificultad. Y él no era de esos sicólogos que andan ventilando las intimidades de sus pacientes, así que una vez muerto él, tuve asegurada su discreción con garantía retroactiva.

No faltará quien me diga que esos asesinatos preliminares que cometí atentan contra la perfección del que se hallaba en el centro de mis anhelos. Pero yo siento que no es así. Maté a muchas personas pero en ningún momento llegué a experimentar el deseo profundo de quitarles la vida. Casi hasta podría afirmar que no los maté. Y con Anabel, sin embargo, todo funciona al revés. Vivimos juntos, somos muy felices, y jamás saldrá de mis brazos ningún acto de sangre que recaiga sobre ella. Pero la miro, le

hablo, la acaricio, la abrazo, y todo eso siempre pensando en que ella va a morir y que yo soy el único artífice de ello.

Historia de Fani y Confuxio

Confuxio y su esposa tenían todo, y entonces se casaron. Al hacerlo, los esperaba un futuro cuyo detalle es el siguiente:

- 1) besuqueos
- 2) mimos y arrebatos
- 3) cosas que no hay por qué ocultar, y luego reposo nocturno
- 4) alegre despertar
- 5) desayuno con tostadas, luna de miel y manteca
- 6) paseo matinal
- 7) asado al horno con papas
- 8) siesta básicamente apacible, vetuada con breves destellos de fogosidad
- 9) cebada de mate
- 10) encendido del radiotocadiscos, en su función de receptor de ondas de radio
- 11) lavado de platos del mediodía, y preparación minuciosa de la cena
- 12) cena
- 13) café
- 14) secado de platos del mediodía y lavado de los de la cena
- 15) tendido de la cama con encendido simultáneo de la televisión
- 16) breve altercado sin importancia
- 17) escena de apareamiento
- 18) fiesta de conmemoración por las doce horas cumplidas a partir del estreno de la cocina eléctrica
- 19) apagón general en el barrio y colocación de pilas en el radiotocadiscos
- 20) encendido del mismo
- 21) retorno de la luz. Desconexión del radiotocadiscos y goce pleno de un programa de televisión
- 22) goce de otro
- 23) goce de otro
- 24) cierre de transmisión del canal

- 25) conversación sobre temas de cultura general
- 26) nueva escena de apareamiento
- 27) lectura disociada de dos libros, iluminados cada uno por el velador correspondiente a cada una de las mesas de luz
- 28) dulces sueños, pero por acción de edulcorantes de alternativa
- 29) despertar desaliñado pero feliz
- 30) angustia pasajera por nostalgia de hogares paternos y maternos de cada uno, sin que eso último deba entenderse respectivamente
- 31) súbita maduración y descubrimiento de la esencia de la felicidad conyugal
- 32) café con leche y medialunas
- 33) besuqueos de mesa, con migas y chanchadas de esa clase
- 34) higiene dental del matrimonio
- 35) primer adiós entre ambos, por tener que ir a trabajar el primero
- 36) ella observa la calle con mirada triste tras el cristal de la ventana
- 37) acciona el radiotocadiscos, lo apaga, le pone un disco y vuelve a accionarlo
- 38) estreno de la aspiradora y del paño de piso, y paulatina transformación de éste en una inmunda piltrafa
- 39) el teléfono suena: es él
- 40) número equivocado
- 41) ¿está segura? A mí me dieron ese número
- 42) a Confuxio le gustan las milanesas
- 43) pan rallado
- 44) hola, querida
- 45) acto sexual
- 46) ¿no se te quemó el aceite?
- 47) no
- 48) llamó tu madre
- 49) inocuo intercambio de opiniones, en usufructo de las libertades de expresión garantizadas por el sistema democrático
- 50) la radio informa sobre hechos del acontecer nacional
- 51) conversación sobre eventual radicación en país extranjero
- 52) cambio de ideas sobre eventual adopción de hijos
- 53) abandono de toda consideración favorable a eso y conversación sobre tenencia de hijos propios
- 54) era mentira: este detergente no saca la grasa
- 55) sobremesa; mantel; codos

56) este domingo se juega el clásico, ¿sabías?: Beethoven contra Haydn

57) el deber en lucha encarnizada contra la siesta

58) heroica resistencia de parte de la siesta

59) cese de hostilidades; tratado de Versailles

60) discreta cena

61) berp

62) sofá

63) sofá-cama

64) cama

65) Fani va de compras; Fani es la esposa de Confuxio, y es la primera vez que acá figura con su nombre, a pesar de que con anterioridad éste haya estado en boca de mucha gente

66) la licuadora, el parque; es un hogar feliz

67) siete días ilustrados

68) arde París

69) la semana

70) crisis

71) conversaciones en el transcurso de las cuales, a instancia de cosas que se escucharon por ahí, se hace referencia al imperialismo en su condición de fase superior del capitalismo, esto es, del sistema regido por el modo de producción capitalista

72) hola, querida, me ascendieron

73) hola: me despidieron

74) agenda de trabajo: departamento de préstamos pignoratícios

75) changas; proverbios; libro de Job

76) secuestro y asesinato de los vecinos de la lado por las fuerzas del orden

77) rotura de radiotocadiscos; radiograbadores en vidriera

78) lectura conjunta de “El arte de amar”, de Erich Fromm, y comentarios al respecto, con variados niveles de acierto

79) sub-ocupación

80) sub-sub-ocupación

81) retiro del teléfono

82) visita de una delegación de compositores de música electroacústica interesados en grabar el ruido que está haciendo la heladera

83) la aspiradora, en desafortunada e impertinente iniciativa, decide tragarse importantes piezas del mobiliario de la casa

84) concentración de miradas del matrimonio sobre el televisor blanco y negro, intentando, por medio de métodos paranormales, su transmutación en un televisor color

85) Fani va de ventas

86) la nueva y vigorosa democracia levanta el telón y se vislumbra el horizonte claro de una inminente prosperidad

87) Confuxio corre precipitadamente hacia la pantalla

88) ¿se estrellará Confuxio contra la pantalla, o logrará meterse en ella y protagonizar la película de una nueva vida mejor? Averígüelo en el número 89

89) Por disposición de la secretaría municipal de espectáculos públicos, en la sala el público deberá permanecer con la cabeza descubierta y en caso de siniestro salir por la puerta más próxima.

90) La anterior disposición no rige para los actores de las películas a exhibirse, los cuales deberán seguir las indicaciones, no del intendente de la ciudad, sino del director de la película.

91) Quienes se hallen en situación de transición entre la butaca y la pantalla deberán consultar al inspector municipal de turno en cada cine.

92) Confuxio retrocede un paso y, en la oscuridad de la sala, busca al inspector que tenga cara de estar de turno.

93) Confuxio encandilado: es porque un portero lo está amenazando con su linterna, y lo insta a elegir entre tomar asiento o retirarse de la sala

94) Momento de meditación.

95) Abandono de la sala.

96) Búsqueda infructuosa de algún inspector municipal. Encuentro fortuito con un inspector del transporte colectivo urbano.

97) Breve conversación sobre climatología y diferentes modelos de gorras.

98) Regreso a casa.

99) ¿Dónde estabas, querido? ¿Por qué demorabas?

100) Respuesta poco clara, a base de evasivas. Acusación de infidelidad.

101) Explicaciones y descargos. Fani calla

102) Amague de caricia.

103) Caricia.

104) Escena de celos por parte de la heladera.

105) Es que la tenemos mal acostumbrada. Si tuviéramos un hijo, ella volvería a su verdadero lugar, y no nos pediría todas las noches para venir a nuestra cama.

106) Sí, además no gastaríamos tanto en frazadas para protegernos del frío.

107) O quizá nuestro error fue mimar tanto a la heladera en vez de hacerlo con la cocina.

108) El matrimonio decide encargarse de un hijo cueste lo que cueste, pese al retiro del teléfono.

109) No importa –dice Fani–, llamamos de la casa de los vecinos. ¿Hay teledisco a París? –Sí –dice Confuxio–, pero acordate que nuestros vecinos fueron asesinados.

110) Eso nos pasa por vivir en una esquina, y tener vecinos de un solo lado.

111) No me grites; me duele la cabeza.

112) Llaman a la puerta.

113) Adelante, doctor.

114) Lo que usted tiene se cura con choques eléctricos.

115) El lavarropas da patadas, doctor. ¿Le parece que puede servir?

116) Esto no es un lavarropas, señora: es un burro.

117) Confuxio invierte los últimos ahorros del matrimonio en maderas y clavos.

118) Manufactura de un carro y colocación de éste detrás del burro.

119) Confuxio y Fani recorren las calles de la ciudad buscando botellas viejas y papel para venderlo por kilo en la puerta trasera de ciertos establecimientos industriales.

120) Sin novedad.

121) Alguna que otra novedad, pero de poco interés.

122) Acontecimientos sumamente interesantes.

123) Pérdida de interés de dichos acontecimientos, y transformación de éstos en hechos rutinarios.

124) Achaques de la edad; hambre; frío.

125) La pareja organiza, bajo la protección del techo de la garita de una parada de ómnibus, un congreso matrimonial cuyo tema es “balance de lo vivido y perspectivas”.

126) Elaboración conjunta de un documento cuya idea central apunta a que sólo el socialismo puede combatir eficazmente las penurias sufridas en carne propia y en la de personas afectadas por igual proceso de deterioro económico y social.

127) Encuentro fortuito con un propagandista de un partido político en cuyo programa figura el establecimiento del mencionado modelo de sociedad.

128) Breve instancia de lucha ideológica.

- 129) Abrazos, sonrisas. Afiliación. Expendio de carnés.
- 130) Los tres se alejan, tirando del burro y del carro, felices de emprender juntos el camino hacia una sociedad más justa.
- 131) Empieza a cerrarse el telón. Confuxio promete luchar sin cuartel por los objetivos arriba señalados.
- 132) El telón avanza. Fani se muestra especialmente partidaria de que la lucha sea sin cuartel, ya que asegura detestar los cuarteles.
- 133) Termina de cerrarse el telón. Se oye al matrimonio castigar duramente al burro para que camine.
- 134) Quejido de burro.
- 135) La música diluye el efecto patético del quejido, y lo transforma en elemento telúrico del color.
- 136) Fin. El portero expulsa de la sala a los espectadores rezagados.

Nochebuena

La horrible puerta de madera de cedro sabiamente entintada y lustrada se erguía ante mí, bañada por los oblicuos rayos tibios del ardiente sol, solamente detenidos –en su tiránico apetito abarcalotodo– por mi cuerpo, cuya sombra se proyectaba en único reducto de paz frente a mis ojos abrumados por la abyecta atmósfera que envolvía a aquella casa siniestra, desde la que llegaba a mis narices el succulento aroma que despide el lechón adobado cuando entra en la última fase de su cocción, aroma que yo desprevenidamente aspiré con los vapores de saliva que lo secundaban, y cuyo origen estaba en esas fauces donde se relamían las lenguas de toda una familia de seres humanos congregada para hincar a un tiempo el diente en una misma masa protoplásmica previamente seccionada y distribuída sobre platos de loza hipócritamente estetizados con diseños decadentes, deleznablemente inspirados en antiguos e incomprensidos logros del mal llamado arte abstracto.

El espanto me hizo retroceder un paso ni bien me había dispuesto a tocar el timbre, cuando llegó a mis oídos el horrísono clamor de unas voces infantiles animadas por el diabólico frenesí de quienes, no contando aún con edad suficiente para afrontar las responsabilidades de la conducción del hogar, ni habiendo sido eficazmente educados en la correcta canalización de la energía del incipiente Eros que se agita en el cascarón pugnando por romperlo, se estaban entregando en alguna de las habitaciones a la desenfrenada orgía del Antón Pirulero.

Entonces ocurrió algo que me estremeció hasta en los últimos y más insignificantes ramales de mi fibra nerviosa, y sentí que mi ropa perdía contacto con mi piel, porque todos los pelos de mi cuerpo se erizaban formando súbitas agujas perfectamente perpendiculares a la superficie de la epidermis de donde emergían, tensionando la tela de mi camisa y de mi pantalón hasta el punto de estiramiento que estas prendas habrían alcanzado de haber sido yo en ese momento un cadáver hinchado a punto de estallar lanzando en todas direcciones infectos brotes de putrefacta carniza. Y quizá esto mismo fue lo que temió el dueño de casa al verme, apenas hubo abierto la puerta –acto éste que había sido el causante de mi estremecimiento–, cuando me dijo:

–Leonardo, ¿qué te pasa?

Yo no atiné a responder. Esas palabras habían resonado en mí como un trueno cuyo rayo generador hubiera también sacudido eléctricamente mi cuerpo, incapaz de resistir, en su modesta constitución, una descarga de esa naturaleza, nacida en la conjura de las oscuras fuerzas que rigen desde tiempos inmemoriales los designios humanos, y que obran muchas veces – como en este caso– a través de un pobre individuo de la propia especie, sirviente circunstancial de amorfos e ignotos demonios que en su infinita sordidez se valen hoy de él, mañana de otro, para nunca dar la cara que no tienen ni nunca tendrán, pues sus fisonomías varían en la eternidad como la forma del cuerpo de la serpiente que el autor del Génesis eligió para simbolizar sus almas sometidas a perpetua y siempre renovada maligna mutación.

–Leonardo, ¿qué te pasa? –volvió a preguntar el dueño de casa, sinceramente atónito ante mi mudez, inconsciente él de los sombríos manejos ultraterrenos que gobernaban su actitud, y que habíanle movido a girar el picaporte y abrir la puerta sin que yo hubiera llegado a informar de mi presencia pulsando el botón del timbre.

Yo seguí sin contestar. Veía, en el paroxismo del terror, los intermitentes destellos infernales de las luces navideñas que desde el interior de la casa, como lenguas de fuego satánico, trataban de atraparme y, en complicidad con el gesto hospitalario de mi amigo, hacerme entrar y participar de aquel festín donde la ciega ingenuidad de la tradición libraba carta blanca de entrada al poder de las tinieblas.

Pero se dio que apenas esta catarata de horror, que fluía ante mis sentidos, franqueó el cerco de mis emociones y llegó a tocar mi capacidad de discernimiento, comprendí que no todo estaba perdido. Yo mismo no lo estaba, y aunque esa porción del mundo fuera lo único inmaculado en ese agónico atardecer a cuyos pies de espanto capitulaba todo lo demás, supe

que podía aún luchar. Y aclarándome la garganta, y desanudándola de los pliegues que el miedo en sus paredes había alzado, como cordillera de mucosas desesperadas por recubrirse a sí mismas en vano intento de protección, contesté a mi amigo:

–No, nada, no me pasa nada, pero la verdá es que... no tengo hambre, y además me acordé de que había quedado en ir a saludar a mis padres, así que perdoná, pero me voy. Otro día vengo, ¿ta?

Un viaje a la mierda

–¿Vámonos a la mierda, Tina? –dijo Simón.

–Es una excelente idea –respondió ella–. Un poco repulsiva en su formulación, pero excelente.

La estación de ferrocarril parecía un campamento de cruzados; pero no lo era. Simón y Tina sacaron sus boletos.

–Para dónde –les preguntó el hombre de la ventanilla.

–Destino –dijo Simón.

–El recorrido de este tren es circular y eterno –replicó el hombre–. Usted tiene que decirme dónde quiere bajar.

–Donde haya alguna imperfección en la vía –contestó Tina.

–Nuestras vías son perfectas, señorita –dijo el hombre.

–Soy señora –corrigió Tina.

–Ey, no le hagan caso a ese imbécil –dijo otro tipo desde la ventanilla contigua–. Los boletos para el tren se venden acá. Ese con el que están hablando ustedes es un engaña-pichanga.

Simón y Tina se cambiaron a esa ventanilla.

–Bueno, denos dos boletos –dijeron.

El tipo obedeció.

–¿Ven? –dijo–. Yo no les pregunto adónde van ni adónde dejan de ir. Yo les vendo los boletos.

–Lo felicito, es un buen ciudadano –le dijo Tina.

–Se equivoca: soy una mierda –contestó el tipo.

Tina miró a Simón y le preguntó:

–¿Habremos llegado?

Pero sabía que no era así. El viaje que la pareja tenía por delante era laaaaaaargo, laaaaaaargo, laaaaaaargo.

La conversación

Un bar, en el centro de una ciudad. Hay gente comiendo, gente tomando, gente fumando. Pero entre todas esas personas las que más importan son dos: un tipo y una tipa, que comparten una de las mesas que no están al lado de ninguna ventana. Y el mozo. El mozo también importa. Ahora trae dos cafés a la mesa donde están el tipo y la tipa. Los deja y se va.

–Tric tric –dice el tipo.

–Trac. Tucu tucu –contesta la tipa.

En las otras mesas la gente también habla, pero lo que dicen no es importante. Ahora el mozo lleva un especial de jamón y queso a una mesa próxima a la del tipo y la tipa.

–Tiqui flu toc flogui –dice el tipo.

–Fiac –contesta la tipa, mientras sorbe parte de su café.

–Yugur tubulú –dice el tipo, y luego de permanecer pensativo unos instantes agrega:– Yugur tubulú catar.

–Rafac –corrige ella–. Rafac ubulut.

–¿Ruguy? –pregunta él.

–Ubutrug –contesta ella.

El mozo pasa con un capuchino y dos medialunas. El tipo le dice:

–Cutruc cutruc atanaba.

Pero el mozo sigue de largo. Entonces la tipa encara de frente al tipo y le dice:

–Atanaba atanabe atanibe atanuba atenubo atonobi etonaba etonón ateniba.

A lo que él contesta:

–¡Cordonomof!

–Abulata –dice ella.

–Abulatata –replica él.

–Abulata tata –contesta ella.

–Abulata toto –dice él.

–Abulata tota –dice ella.

El mozo pasa con un té una porción de lemon pie. La tipa le hace señas de que después pase por su mesa. El mozo asiente.

–Turfini tarf –dice el tipo.

La tipa lo mira seria. No contesta. Viene el mozo.

–¿Se van a servir algo más? –les pregunta.

–No. Tráiganos la cuenta, por favor –dicen el tipo y la tipa.

La plaza

Siempre me gustó el ajedrez, pero nunca tuve tiempo para jugarlo. O sí, pero durante un período muy corto de mi vida, que terminó cuando recién empezaba yo a entender de qué se trataba ese juego (que si es juego también es juego la música, la literatura, la arquitectura, la jurisprudencia, etc.).

A veces leía en el diario algún comentario sobre partidas de torneos nacionales o internacionales y una angustia horrible me acongojaba: yo trabajaba para vivir ¡y no estaba pudiendo vivir!

Un día pasé por una plaza y vi que sobre el césped había varios grupos de ancianos formando círculos más o menos apretados en torno a varias mesas de ajedrez, en cada una de las cuales se disputaba una partida. A partir de ese momento el fluir de mis días dejó de ser el agónico alejamiento paulatino de la época en que podía jugar al ajedrez, para convertirse en una cuenta regresiva cuyo punto cero sería mi jubilación, con la consiguiente posibilidad de ir todos los días a esa plaza a integrarme al clan de ancianos adictos al juego.

Organicé mi vida en función de ese supremo objetivo. Me mudé a un sucucho cercano a la plaza, para no tener que gastar en ómnibus una vez que me jubilara; y también para disponer así de más tiempo para el juego.

A veces pasaba por la plaza y sólo la esperanza de convertirme algún día en uno de aquellos ancianos era capaz de amortiguar un poco la envidia que les tenía por haberse efectuado ya en ellos tiempo ha la conversión.

Por fin llegó mi jubilación. Cuando supe lo que me iban a pagar por mes, el desánimo me amargó la bilis: para poder subsistir era necesario que siguiera trabajando. Pero me puse firme y decidí poner a prueba un régimen de trabajos por mi cuenta tres veces a la semana, guardándome los otros para ir a la plaza. Con un promedio de cinco días mensuales de lluvia – pensé–, podría disponer de alrededor de tres días semanales para la práctica del juego. No me importaba tener que vivir miserablemente: quería ajedrez o muerte. Además cabía la posibilidad de que aquellos ancianos jugaran por plata, y me tenía confianza como para desplumar a más de uno.

Preparé cartelitos para pegar en panaderías, almacenes, farmacias y supermercados, ofreciendo mis servicios de cerrajero los lunes, miércoles y viernes. Llevé mi único traje a la tintorería para que me lo limpiaran bien, y

por fin un martes salí para la plaza tempranito en la mañana, bañadito y bien vestido.

Pero no había tal plaza sino un enorme agujero incipiente, con una pala mecánica adentro comandando a una cuadrilla de hombres con cascos amarillos. No se veían rastros de ningún anciano ni pieza blanca o negra asomándose desde la tierra.

Volví a mi sucucho y saqué del armario mi viejo juego de ajedrez. Lo miré un rato y le sacudí un poco el polvo. Esperé hasta el mediodía y entonces regresé a la plaza. Los obreros estaban descansando. Me acerqué a uno de ellos y le dije:

–Disculpe, ¿no quiere jugar una partida de ajedrez?

El sexópata

Bermúdez consultó su reloj. Ya era hora de regresar. Recogió el diario y salió.

–Hasta mañana, señor Bermúdez –le dijo el portero, al verlo.

–Hasta mañana –contestó él.

Fue al estacionamiento, pagó y se metió en el auto. Se sentó y tiró el diario en el asiento de atrás. Arrancó.

En el camino se detuvo frente a un quiosco para comprar cigarrillos.

Llegó a la casa, bajó, abrió el portón del garaje, guardó el auto, tomó el diario, salió, cerró el portón, abrió la puerta y entró. Se sentó en el sofá del living y encendió la lámpara de pie. Hojeó el diario buscando la página del crucigrama, hasta que la encontró. Dejó el diario abierto sobre el sofá y fue al dormitorio a sacarse los zapatos y ponerse las pantuflas. Dejó el saco sobre la cama y volvió al sofá. Sacó su birome del bolsillo de la camisa y se puso a resolver el crucigrama. Dos o tres veces se levantó y fue a la biblioteca a consultar el diccionario, hasta que decidió llevarse el diccionario al sofá. En poco más de una hora terminó de resolver el crucigrama, aunque le faltó una palabra horizontal del rincón inferior izquierdo, que sólo tenía una letra común con una sola de las verticales.

Bermúdez cerró el diario, y uno de los titulares le llamó la atención. Leyó el artículo correspondiente y luego fue al baño. Orinó, defecó y se dio una ducha. Se puso ropa interior limpia y una bata, y se sentó en la cama a mirar televisión. Cazó el segundo bloque de una serie de aventuras y la vio hasta el final. Luego apagó el aparato, fue a la cocina, llenó una jarra con agua y regó las plantas del living. Dejó entonces la jarra en la cocina y fue

a mirar el estante de los discos. Eligió uno de jazz, lo puso en el tocadiscos, apagó la lámpara de pie y se acostó en el sofá a escucharlo. Después del primer tema se levantó y bajó un poco el volumen. Volvió a acostarse y al rato se durmió. Despertó poco después del final del último tema de ese lado del disco. Se levantó, apagó el tocadiscos, guardó el disco en su sobre, puso éste en el estante y fue al dormitorio. Se sacó la bata, se puso el pijama y se acostó en la cama. Caviló unos minutos con los ojos cerrados mirando hacia el techo, y luego se puso de costado y durmió profundamente hasta que sonó el despertador.

El mellizo (guión de historieta⁵)

Cuadro 1: Aun antes de conocer el significado de la palabra “odio”, yo odiaba incondicionalmente a Franz, mi hermano mellizo. (El dibujo muestra a dos lactantes disputándose el pecho materno).

Cuadro 2: Cuando por fin me familiaricé con la lectura, el diccionario me proporcionó una denominación adecuada para mis sentimientos. (El dibujo muestra al narrador con su dedo índice señalando la palabra “odio” en medio de una página; a cierta distancia se ve la figura de Franz, idéntica a la del narrador. Los dos son escolares).

Cuadro 3: Posteriores estudios de gramática me dieron la posibilidad de articular la expresión de mis sentimientos en unidades sintácticas completas. (El dibujo muestra al narrador diciendo “te odio” a su hermano. Ambos están vestidos con uniformes propios de quien recibe enseñanza secundaria).

Cuadro 4: La felicidad de mis primeras experiencias amorosas no conseguía eclipsar la innata aversión que me habitaba. (El dibujo muestra al narrador abrazado con su novia en el banco de una plaza. Ella le pregunta: “¿en qué pensás, mi cielo, que estás tan callado?”. El contesta: “pienso un poco en el amor que te profeso, pero más que nada pienso en el odio que le tengo a Franz”).

Cuadro 5: El día que Franz se casó tuve la primera oportunidad de divulgar públicamente mis oscuros afectos. (El dibujo muestra la boda de Franz. El cura pregunta “¿alguien tiene algo que objetar a esta unión

⁵ Dibujado por Rep para la revista HUMOR.

matrimonial?”. El narrador contesta “sí, yo: considero al novio absolutamente repudiable”).

Cuadro 6: Cuando yo me casé, el cura tenía los papeles algo entreverados y cuando se dirigió a mí lo hizo llamándome Franz; el hecho fue luego bastante lamentado por el irreverente eclesiástico. (El dibujo muestra al narrador, junto a su novia, abofeteando al cura y diciéndole “¿qué me viste de parecido a Franz, anormal?”).

Cuadro 7: Debí rechazar numerosas posibilidades de empleo, por no querer llenar los formularios de inscripción en aquellas partes en que éstos requerían una lista de familiares cercanos. (El dibujo muestra al narrador provocando la ingestión forzosa de un formulario arrugado, por vía oral, al funcionario que lo atiende).

Cuadro 8: Mi profesora de piano tuvo que arrepentirse de proponerme la ejecución de piezas de Liszt y de Schubert, y aplacar mi ira con una apología de Chopin y Schumann. (El dibujo muestra al narrador estrangulando a la profesora de piano, y exclamando “¿qué me querés hacer tocar, yegua insensata?”. En el piso se ve una partitura encabezada con el nombre de Franz Schubert).

Cuadro 9: Me fue necesario huir rápidamente de una librería en cierta ocasión en que, mirando distraídamente el contenido de una mesa de ofertas, vomité escandalosamente sobre un volumen de Kafka. (El dibujo muestra al narrador corriendo calle arriba, mientras el librero, desde la puerta de su comercio, le grita “¡vení a limpiar eso, chancho existencialista!”).

Cuadro 10: Mi inconmensurable odio se multiplicó por diez cuando descubrí que, mientras yo ocupaba mi tiempo libre en seducir a la mujer de Franz, mi indigna esposa se iba a hacer el amor precisamente con él. (El dibujo muestra al narrador acostado con su amante en una pieza de un telo, mientras de la habitación contigua se oye una voz que dice “¡oh, Franz!”).

Cuadro 11: Un fétido sentimiento empezó a oscurecer cada momento de mi vida a partir de que, habiéndonos divorciado tanto Franz como yo, y habiendo perdido ambos nuestros empleos por malas referencias cruzadas y cursadas por nosotros mismos a nuestros respectivos jefes en correspondencia inversa, nos vimos obligados a volver a ocupar el mismo dormitorio en casa de nuestros padres. (El dibujo muestra a los dos mellizos en sus respectivas camas, con rostros acusadamente bélicos.)

Cuadro 12: La noche que decidí aniquilar de una vez por todas a Franz, descubrí que yo no era el inventor de la pólvora. (El dibujo muestra a los mellizos en sus camas, asomando cada uno, desde sus respectivas mantas, sus respectivos revólveres).

Cuadro 13: Hoy en día, sin embargo, me encuentro tratándome con un psicoanalista que intenta convencerme de que mi propio nombre es Franz y de que nunca tuve un hermano mellizo. (El dibujo muestra a Franz).